



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Máster

Las Órdenes Monárquicas del siglo XIV:
La caballería al servicio de la monarquía

The Monarchical orders of the 14th Century:
Knighthood at the service of the monarchy

Autor/es

Iker Salguero Ruiz

Director/es

Mario Lafuente Gómez

Facultad de Filosofía y Letras

2022

Índice

1. Resumen/Abstract	2
2. Introducción.	3
a. Conceptos generales.	4
b. Valores Caballerescos.	11
c. Las asociaciones caballerescas como formas de solidaridad: cofradías y hermandades.	16
3. La Orden de la Banda.	18
a. Orígenes.	18
b. Miembros y ordenación.	20
c. La Banda en Combate.	25
4. La Jarretera y la Estrella: las órdenes en la guerra de los Cien Años.	29
a. Orígenes de la Jarretera.	29
b. Los Caballeros Compañeros y el espacio físico.	34
c. La compañía de la Estrella.	38
d. Modelos físicos de la Caballería.	40
e. La Noble Casa de Saint-Ouen.	42
5. Las órdenes Napolitanas	45
a. La orden del Nudo	45
b. La Orden del Barco	48
6. Conclusiones.	57
7. Bibliografía.	61

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo analizar el desarrollo de las instituciones de los ordenes de caballería monárquicas en el siglo XIV partiendo de la evolución e innovaciones introducidas en las más importantes de la Europa occidental: la Banda castellana, la Jarretera inglesa, la Estrella francesa y los ordenes napolitanos del Nudo y el Barco. Veremos la creación y evolución del concepto y trataremos de explicar su rápida decadencia y transformación en emblemas honoríficos dentro del sistema aristocrático y diplomático del continente.

Palabras claves: Historia, Edad Media, Caballería, ordenes monárquicas, ordenes seculares, sistema de honores.

Abstract

This essay intends to analyse the development of the monarchical chivalric order institutions during the 14th century in western Europe, starting from the evolution and innovations observed in the most important ones: the Castilian Band, the English Garter, the French Star and the Neapolitan orders of the Knot and the Ship. We'll see the creation and evolution of the concept and try to explain their rapid decadence and transformation in honorific emblems ingrained into the aristocratic and diplomatic system of the continent.

Key words: History, Middle Ages, Chivalry, monarchical orders, secular orders, honorific systems.

Introducción

Al abordar la Edad Media, el concepto de la caballería siempre ha tenido gran interés para el público general, aunque su estudio historiográfico no despegaría hasta la década de los 80. Si bien siempre ha sido un aspecto a considerar por los historiadores, hasta ese momento era abordado principalmente desde una perspectiva funcionalista como parte de un orden social superior, que no exploraba las complejidades internas propias del estamento caballeresco o las abordaba en relación con episodios mitológicos concretos como el ciclo artúrico o la materia de Francia.

Si bien rondando los 70 aparecen las primeras obras dedicadas exclusivamente al tema caballeresco, de la mano de autores como Martin de Riquer¹ o Richard Barber², no será hasta los 80 cuando asistamos a una auténtica eclosión por esta materia. Autores de la talla de Jean Flori, Georges Duby, Maurice Keen o D'Arcy Boulton irán desgranando en sucesión los aspectos más fundamentales del orden caballeresco hasta regalarnos con una visión bastante avanzada de sus actitudes, ideologías y peculiaridades internas.

A partir de este punto, el estudio de la caballería se centrará en aspectos muy concretos relativos a momentos y grupos específicos, salvo algunas excepciones más recientes como la obra de Richard Kaeuper.

Entre los elementos que atañen al orden caballeresco uno de los que menos atención directa ha recibido, pese al estar constantemente en el trasfondo de otras obras, es el de la estructura y funcionamiento de las ordenes seculares de caballería, en particular las fundadas por las monarquías europeas. Si bien hay autores que han abordado algunas de estas órdenes a título individual, en mi conocimiento solamente existe una obra publicada que cubra el conjunto de las órdenes monárquicas, *The Knights of the Crown*, de D'Arcy Jonathan Dacre Boulton.

Siguiendo su estela, este trabajo pretende ser un estudio de las órdenes monárquicas, centrándose en la comparativa cronológica de las órdenes principales creadas antes de la modernidad: las órdenes de la Banda, la Jarretera, la Estrella, el Nudo y el Barco. Se harán referencias puntuales a otras órdenes “menores” cuando sea necesario, pero nos centraremos en la forma, innovaciones, ideología y particularidades

¹ Martin DE RIQUER *Caballeros andantes españoles*, Gredos, Madrid, 2008.

² Richard BARBER *The Knight and chivalry*, Boydell Press, Woodbridge 1995 (ed Or.1970).

de las cinco órdenes mencionadas, y las influencias que recibirán las unas de las otras en la evolución del concepto a lo largo del siglo XIV.

Conceptos Generales

Definir lo que es una orden seglar de caballería es un asunto delicado. Si bien podemos seguir las definiciones contemporáneas, entre las que destaca la del cronista Olivier de la Marche en el siglo XV, muchas de las órdenes anteriores tienen carencias en este aspecto, sobre todo en lo que concierne a la organización interna. De la Marche³ distingue entre emblema y orden; mientras que el número de miembros de la primera es ilimitado, la segunda se debe adscribir a un número concreto de compañeros, aunque como veremos hay algunas órdenes que carecen de esa limitación de número. En este caso, afirma que deberían llamarse “cofradías”, aunque veremos que muchas se otorgarían el título de “orden”.

Boulton, cuya obra será nuestra principal guía, ha establecido la que es la clasificación más concisa para estas órdenes⁴:

- Curiales: las que aquí denominamos por conveniencia “monárquicas”, centradas en torno a una corte real o, en ciertos casos, ducal. Podemos tratar de definir las como una orden que, manteniendo una organización institucional a través de unos estatutos y una actividad continuada, está fundada, y tiene como foco central la monarquía.
- Votales: las conformadas alrededor de un voto caballeresco o el cumplimiento de un hecho de armas, las cuales eran temporales por naturaleza.
- Cofradías: organizaciones caballerescas, en las que sus miembros eligen a sus oficiales, estando relativamente alejadas de la soberanía monárquica. Veremos como muchas órdenes monárquicas imitarán en sus estatutos a las cofradías, aunque reservarán un poder considerable al soberano, ya sea *de iure* o *de facto*.

³ Olivier DE LA MARCHE, *Memoires*, Tomo 4. (Ed. H. BEAUNE y J. D'ARBAUMONT), Paris, 1888. pp.161-162 (Cit. en Keen p.251).

⁴ D'Arcy Jonathan Dacre BOULTON, *The Knights of the crown*, Boydell Press, Woodbridge, 1987.

- Pseudo-órdenes clientelares y honoríficas: son las que bajo la apariencia de órdenes de caballería monárquicas, carecen de estatutos y un entramado institucional a su alrededor, limitándose al otorgamiento de insignias. La mayoría de las órdenes monárquicas que superen el siglo XV terminarán transformándose en pseudo-órdenes. Las primeras funcionarán como señal de la clientela del portador para con el soberano, mientras que las honoríficas se usarán para recompensar, al estilo de medallas al mérito de las que son antecesoras, algún hecho heroico o relevante. Muchas son otorgadas en algún momento significativo de la carrera del caballero, como su investidura o alguna festividad. En general, estas terminarían cumpliendo el papel de muchas órdenes curiales sin el gasto que suponía su mantenimiento, basándose únicamente en su prestigio.

Para abordar el estudio de las órdenes monárquicas, debemos tener en cuenta una serie de factores que enmarcan las motivaciones para la fundación de estas instituciones. Se puede aducir que la creación de las órdenes seculares bebe directamente de los orígenes y valores éticos desplegados por la caballería desde su formación.

Como primer factor debemos atender a los orígenes remotos de la caballería. Tácito cuenta como entre los germanos existía el concepto de *comitatus*, la asamblea de guerreros, desde la cual se conformaba una especie de “cofradía” dentro de la comunidad política germánica. Los miembros de esta institución expresaban una fuerte conciencia de grupo, reflejada en los rituales de iniciación, basados en la aceptación de las armas y, como sigue explicando Tácito, una intensa rivalidad entre los miembros por ganar el favor del líder. De este modo, se enfatizaba la igualdad de los integrantes del *comitatus* en su servicio al jefe. Otros modelos de compañía de guerreros germánicos, como los *antrustiones* o los *gasindios* de los caudillos y reyes merovingios⁵, implican un grado de compañerismo del que carecen otras estructuras que han sido citados como antecedentes de las bandas de guerreros (como los *bucellari* tardo romanos, siendo guerreros contratados por los grandes magnates terratenientes, sin otros mecanismos simbólicos de lealtad).

Durante la mayor parte de la Alta Edad Media, hasta el siglo XI, el formato de las bandas de guerreros se mantuvo constante, con los grandes caudillos merovingios

⁵ R. BARBER *The Knight...* cit., p. 10.

formando bandas propias de guerreros a imitación de los reyes, si bien esto no es exclusivo del mundo franco⁶. Al mismo tiempo se desarrollará el establecimiento de lazos contractuales entre caudillo y guerrero como manera de asegurarse la lealtad de los inferiores. Esta misma estructura se imitará al establecer lazos entre monarca y magnate.

Paulatinamente, estos guerreros pasarán a ser considerados parte de la elite militar, la cual adquiriría muy pronto consideración nobiliaria. Muchos de estos guerreros, siendo a menudo de origen campesino o incluso servil, desarrollarán de este modo una identidad elitista, al tiempo que, paulatinamente, comenzarán a convertirse en el poder dominante ante el vacío durante el largo colapso del Imperio Carolingio.

La asimilación entre caballero (*miles*) y nobleza (*nobilis*), se produce a causa del colapso de la autoridad real a lo largo del siglo XI, ejemplificado por G. Duby en su estudio del uso del término *miles* en la región de Macon en Francia en ese periodo⁷. La nueva frontera, en palabras de Duby, no se localizaba entre nobles y comunes, sino entre *milites* y *rustici*, guerreros y trabajadores. Esta nueva nobleza de carácter militar, no obstante, mantendrá su diversidad, y los caballeros de rango bajo se mantendrán como el escalafón más bajo de la nobleza.

A partir de aquí, ante la creciente usurpación del poder monárquico por parte de la elite militar, se suceden los intentos de la Iglesia por regular y controlar el oficio de las armas. El caos feudal al que se había sometido el Occidente cristiano (principalmente Francia) con el colapso de la autoridad central, generó por parte de la Iglesia la necesidad de establecer una serie de instituciones mediante las cuales ordenar el ejercicio de la guerra. Por un lado, esto implicaría el intento de establecer las treguas y la paz de Dios, y por otro, la transformación de la caballería como herramienta de una ordenación social al servicio no de un señor, sino de la sociedad cristiana. Esto se conseguiría dándole una misión y objetivo que asociarían con la misión espiritual del *ordo* caballeresco, a través de la cual alcanzar la salvación espiritual, que hasta entonces era prácticamente monopolizada por el sacerdocio⁸. Estos desarrollos terminarían atemperando el inicial rechazo de la Iglesia a la guerra y belicosidad de las nuevas clases militantes⁹.

⁶ Jean FLORI, *Caballeros y caballería en la Edad Media*. Paidós, Barcelona, 2001, pp. 38-39.

⁷ Georges DUBY, "los orígenes de la caballería" en *Hombres y Estructuras de la edad media*, Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1973 pp. 209-228.

⁸ G. DUBY, *Hombres...*, cit. p. 223.

⁹ Richard BARBER *The Knight and chivalry*, Boydell Press, Woodbridge 1995 (ed Or.1970), p. 28.

La Iglesia asignará a los guerreros a caballo el papel de *milites christi*, o *milites sancti Petri*, a través de los cuales legitimará el ejercicio de la violencia en nombre de los valores eclesiásticos. En esta línea, trasformarán los rituales de toma de las armas, generando, a través de una nueva liturgia, un orden separado de gente ejerciendo un oficio concreto para la defensa de la Iglesia y los pobres. En este contexto, la entrega de armas se reinterpreta, y lo que en un principio era una versión ritualizada de la entrada al servicio de un señor, o la confirmación de la capacidad del individuo para guerrear, se transforma en un ritual de integración dentro de una elite con una misión divina.

A medida que el concepto de *miles* se extiende, se genera lo que podemos considerar una “mitología” de la caballería, que incluye no solo las narraciones de las tres materias de Roma, Francia y Bretaña, sino también los relatos que los tratadistas de la caballería difunden sobre el origen de su orden, los cuales señalan una serie de percepciones de especial interés, en particular el impulso “meritocrático”, la importancia en la educación moral y militar del caballero, la búsqueda y necesidad de la gloria pública, y el carácter colectivo de la orden.

Ramon Llull, autor del *Libro de la Orden de Caballería*¹⁰, es uno de los mejores ejemplos de la figura del caballero díscolo reconvertido. De una vida libertina pasará a una devoción intensa, que le llevará a abandonar las armas y terminará con su martirio en Bujía en 1316, al intentar convertir a los sarracenos. La imagen del caballero convertido en monje o sacerdote fue durante mucho tiempo encumbrada como ejemplo a seguir. De una vida dedicada a la guerra, ya sea mediante el servicio a un señor terrenal o como defensor de las fronteras de la cristiandad, a otra consagrada a Dios. Otro de los mejores exponentes de esta figura lo encontramos en Guillermo, conde de Tolosa; magnate carolingio canonizado posteriormente y recordado en romances como Guillermo de Orange.

Para Llull, la caballería extiende sus orígenes hasta casi la caída del hombre, cuando se elige a un varón de cada mil (de ahí, afirma Llull, proviene la palabra de *miles*): “el más amable, más sabio, más leal, más fuerte, y con más noble corazón, mayor educación y mejor crianza que todos los restantes”. El mallorquín continúa haciendo énfasis en la educación del caballero, que debe serle dada por otro caballero, el cual se

¹⁰ Ramon LLULL /Anónimo (ed. Y trad. Javier Martín Lalanda) *Libro de la orden de caballería/La orden de caballería*, Siruela, Madrid, 2009.

debe de encargarse de examinar y aleccionar al escudero ante su futura entrada en la orden. Llull dará a la caballería una concepción casi meritocrática, afirmando que

como el señorío tiene tanta nobleza y la servidumbre tanto sometimiento, si tú, que tomas la orden de caballería, eres vil y malvado, podrás suponer que injuria haces a tus súbditos y a tus compañeros, que son buenos; pues, a causa de la vileza que te posee, deberías ser súbdito y, a causa de la nobleza de los caballeros, que son buenos, eres indigno de ser llamado caballero como ellos,¹¹

Aun así, sigue insistiendo en la necesidad de un buen linaje y poseer la suficiente riqueza como para mantener las herramientas de su oficio. Si bien no cuestiona el origen nobiliario de los caballeros, parece reflejar la idea de que solo una minoría de ellos puedan llegar a ser caballeros, dando importancia a las virtudes y valores inculcados en la educación.

Desde una perspectiva laica, Godofredo de Charny es el autor del otro de los grandes tratados acerca de la caballería. Si bien veremos su figura más adelante, como miembro de la orden francesa de la Estrella, se le consideró en vida como el mejor caballero de la cristiandad, modelo de actuación para los miembros de esa orden. En efecto, su final es evocador de las mejores novelas caballerescas, pues murió en la batalla de Poitiers (1356), defendiendo la *oriflama* como miembro de la orden de la Estrella.

Como caballero secular, Charny está mucho más preocupado por la gloria, sin abandonar la idea de la misión divina del *ordo*. La participación del caballero en justas es para Charny un fin en sí mismo, a través del cual se podía aumentar la gloria del caballero, si bien siempre sería menor de la que se obtendría con la participación en la guerra. Charny alienta una caballería cortesana; el caballero debe danzar, cantar, enamorarse y vivir alegremente, aunque con moderación. Aun así, la caballería de Godofredo está todavía investida de esa misión sagrada.

En este sentido, de acuerdo con Keen: “la caballería es un medio de salvación: el que toma las armas con un fin justo salvará su alma, sea bien por la causa de su señor, bien en defensa del débil, bien para salvar su propio honor o su herencia, o bien por combatir contra el infiel”¹². Así, la caballería se equiparará con la orden del sacerdocio; como un medio para la salvación del alma, y como un elemento esencial para la

¹¹ R. LLULL, *Libro de la orden de caballería*, cit. p. 70.

¹² M. KEEN *La caballería*, cit., p. 28.

ordenación y defensa de la sociedad a través del cumplimiento de su propósito¹³. En los orígenes antiguos de la caballería, ante el colapso feudal, “se ofreció por primera vez a los poseedores de armas seculares un camino de salvación y de perfección espiritual: cumplir con la misión propia de la realeza asumiendo, en lugar del soberano incapaz desde hacía tiempo de dedicarse a esa tarea, la defensa de la Iglesia y de los pobres, es decir, de los otros dos órdenes de la sociedad”¹⁴.

El objetivo del caballero debería ser aumentar su propia gloria a través del ejercicio de las virtudes de *prouesse*¹⁵, *larguesse*¹⁶ y *loyaute*¹⁷, a través de las cuales garantizar su posición en la orden, y ser considerado como un auténtico caballero, aumentando su *pretz*¹⁸. La pertenencia a la orden, ciertamente reflejada en la pompa y ceremonia que acompañaba la investidura, así como en las actitudes de los propios caballeros, era vista como un logro, una señal de las propias virtudes y éxitos del caballero, ayudada por la visión literaria a través de la cual se reflejaban a sí mismos. En efecto, a pesar del carácter colectivo que reflejaba la orden, la pertenencia a esta se encontrara marcada por un fuerte individualismo y ansia de destacar por encima del resto de los pares.

La transformación de la caballería en una nueva elite, a la cual se asimilará paulatinamente la nobleza, provocará que se acrecienten dos factores: el impulso de la nobleza de revestirse del prestigio de la caballería y el intento de los caballeros de mantener exclusiva la condición caballeresca entre los privilegiados. Así, entre mediados del siglo XII y mediados del XIII, la elite militar controlará el acceso a la caballería atándola al linaje¹⁹, aunque las fronteras de la caballería con el campesinado aún no

¹³ M. KEEN *La caballería*, cit., p. 246.

¹⁴ G. DUBY, *Hombres...*, cit. p. 223.

¹⁵ Valor, bravura, proeza, particularmente en actividades marciales. El concepto es particularmente ambiguo, Richard KAEUPER, *Medieval Chivalry*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016, p.129-161; Craig TAYLOR, *Chivalry and the Ideals of Knighthood in France during the Hundred Years War*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013 pp.91-98; Aldo SCAGLIONE, *Knights at court : courtliness, chivalry, & courtesy from Ottonian Germany to the Italian Renaissance*, University of California Press Berkeley, Los Angeles y Oxford, 1992 pp.100-101.

¹⁶ Generosidad, especialmente hacia los vasallos propios. Véase A. SCAGLIONE, *Knights at court...*, cit. p.172; Keen 33-67, C. TAYLOR, *Chivalry and the Ideals...*, cit. p.74, R. KAEUPER, *Chivalry and Violence...*, cit. p. 193.

¹⁷ Lealtad al señor o a una instancia superior, tal como la propia ética caballeresca C. TAYLOR, *Chivalry and the Ideals...*, cit. p.116, R. KAEUPER, *Chivalry and Violence...*, cit. p. 184-188 y 281-291.

¹⁸ Precio, reputación, valor de una persona, usado especialmente para el valor de una persona noble, en el contexto del amor cortes, especialmente ante la dama amada. Véase Martin DE RIQUER, *Los trovadores Historia literaria y textos, vol. I*, Editorial Planeta, Barcelona p. 89, Jacques LE GOFF y Jean-Claude SCHMITT (eds.), *Diccionario razonado del Occidente Medieval*, Akal, Madrid, 2003, p. 442.

¹⁹ J. FLORI, *Caballeros...*, cit. p. 86-87.

estarán fijas, como afirma Flori. Además, el monarca en muchos casos se reservará el privilegio de investir nuevos caballeros al margen de las nuevas normas de ascendencia, lo cual indica ya un intento de la monarquía por hacerse juez y árbitro de la caballería²⁰. Desde este momento y progresivamente, la idea de la heredabilidad de la caballería se impuso a la idea de la investidura caballeresca. Si bien la caballería *per se* nunca sería hereditaria, las condiciones para su acceso sí lo serán, al dar mayor importancia a la ascendencia y el linaje de insignes caballeros, atributo a menudo demostrado a través de la participación en torneos²¹.

Se generará, como consecuencia, una nueva clase dentro de la nobleza, la de “posibles caballeros” cuyo único patrimonio y asimilación a la nobleza era el privilegio de poder ser investidos caballeros, participando de su cultura y tradiciones incluso si no se han investido con la orden. La hidalguía, escudería, infanzonía, *rittermasig*, o condición de donceles, según el nombre dado en distintos lugares de Europa, se convertirá en sinónimo de baja nobleza caracterizada por el servicio militar, con el objetivo de alcanzar el rango de caballero a través de la participación en su modo de vida. La investidura se transformaría, pasando de un rito de paso, mayoría de edad y entrada en el oficio de las armas, a la culminación de la carrera de un hombre de armas, al tiempo y en gran medida como consecuencia del aumento de los fastos y costes asociados. El ritual se estandariza, y se hace frecuente que la caballería se invista, no al inicio de una carrera militar, sino en momentos significativos de la carrera de un individuo. De este modo empiezan a preferirse escenarios y situaciones concretas para la investidura; por ejemplo, la coronación real, durante un asedio, en el transcurso de peregrinaciones al Santo Sepulcro o, en general, en situaciones donde resultaría beneficioso que “su fuerza y virtud fueran mayores”²², como antes de una batalla significativa.

Al mismo tiempo, los grandes príncipes se transforman en patrones y participantes en la cultura caballeresca, pasando de ser los “empleadores” (por usar un término no conciso), a ser parte del creciente círculo caballeresco. El *ethos* caballeresco sería compartido por toda la clase social de la nobleza, culminando el proceso de asimilación entre *nobilitas* y *militia*. Aun con todas estas mutaciones, la ceremonia de investidura no

²⁰ J. FLORI, *Caballeros...*, cit. p. 87.

²¹ M. KEEN *La caballería* cit., p. 200-201.

²² M. KEEN *La caballería* cit., p. 115.

perderá un carácter esencial, y continuará siendo fuente de lazos de fidelidad o incluso vasalláticos²³.

No obstante, asimilada la caballería a la nobleza, paulatinamente se contempla una ruptura entre la alta nobleza y la baja. Comenzó pues una pelea por los privilegios, que si bien las grandes familias nobles lograron mantener, la pequeña escudería, a menudo empobrecida y muy fácilmente asimilable al común adinerado de las ciudades, tenía más dificultades no solo en mantener, sino en probar que los tenía. Se generalizan así las asociaciones de caballeros, cofradías y hermandades a través de las cuales unirse en defensa de sus privilegios.

Valores Caballerescos

La nueva caballería desarrollará una serie de valores heredados de las bandas de guerreros, las cuales afianzarán la percepción interna de la caballería como un *ordo*, una comunidad de guerreros unidos en una misión. Estas virtudes están en cierto sentido imbricadas entre sí.

Mucho más que la imagen del caballero gentil y cortesano, la caballería histórica perseguía el aumento de la *prouesse* ante cualquier otra virtud, y en muchos aspectos es la única válida²⁴; el caballero con gran *prouesse* conseguiría riquezas mediante el servicio a través de la *larguesse* de su señor, que le recompensará tanto por su labor en combate como en un contexto cortesano, dando consejo²⁵.

En un momento en donde la inmensa mayoría de los caballeros eran pobres, la literatura da gran importancia al servicio militar y leal al señor, así como a la *larguesse* de aquél, lamentando su ausencia en las cortes de los soberanos contemporáneos²⁶. Así, los caballeros pobres que carecen de la riqueza que merecen por su linaje, sin la cual no pueden participar en muchas de las actividades propias de su *ordo*, se ven recompensados por sus virtudes y honores al entrar al servicio de un señor virtuoso que les reintegrará en su legítima posición social²⁷. Charny pide a los caballeros más pudientes oír el consejo

²³ M. KEEN *La caballería* cit., pp. 99-100.

²⁴ Richard KAEUPER, *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 139-140.

²⁵ R. KAEUPER, *Medieval Chivalry*, cit, p. 206.

²⁶ E. KOHLER, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Barcelona, p. 28.

²⁷ M. KEEN *La caballería* cit., p. 212.

de los caballeros más pobres “porque más de uno que carece de bienes está en cambio provisto de sentido común y de valor para grandes empresas”²⁸. Estas actitudes son generadoras de herramientas de solidaridad dentro del grupo social, donde los caballeros, independientemente de su estatus económico, pueden continuar relacionándose entre iguales espirituales, con la esperanza de que sus virtudes caballerescas los lleven a alcanzar la situación que les corresponde.

Así mismo, dentro de la estructura moral de la caballería, heredada de los primeros *miles*, está el ideal de “servicio” pero ¿servicio a qué? El ideal del servicio al señor perdía su lustre a medida que los caballeros se convertían en señores por derecho propio, y trataban de evitar atarse demasiado a un monarca. La “sacralización” de la caballería, su asignación como una pieza del mantenimiento del orden a través de la cual garantizar su salvación, generará la idea del servicio a la sociedad. Esta idea se reflejará primero en el ideal del amor cortés, el servicio a la dama como símbolo del servicio desinteresado que aspiraban encarnar. Una vez que “el amor [perdió] su capacidad para reflejar las aspiraciones más profundas del hombre caballeresco”²⁹, se generaron otra serie de mitos que tomarían su lugar cristalizando en la búsqueda espiritual de significado, la *queste*, que sería encarnada en largas aventuras a través de las cuales alcanzar, de manera alegórica, este ideal. El ejemplo más destacando sería la búsqueda del santo grial.

Estas actitudes de *prouesse*, de hecho, tenían un origen práctico. El servicio militar era una manera de escapar del trabajo manual y adquirir riquezas y gloria al servicio de un señor generoso, siempre y cuando el caballero fuera lo suficientemente aguerrido y valiente como para garantizar la generosidad del señor. Las actitudes de la *larguesse* del señor, y la búsqueda de aumentar la *prouesse* son descendientes directas de estas actitudes prácticas, romantizadas ante la evolución hacia una caballería noble cada vez más alejadas del servicio al señor. Así, el servicio, a pesar de la asimilación de nobleza con caballería, permanecía presente, aunque modificado. Los caballeros ciertamente preferían transformar ese servicio y canalizarlo hacia posiciones más genéricas, como el servicio a la iglesia y la cristiandad, al reino, o a la dama (recordemos el amor cortés).

Desde la perspectiva de la monarquía, la caballería que la había sustituido como columna vertebral de la defensa de la cristiandad era una clara amenaza. Los romances

²⁸ M. KEEN *La caballería* cit., p. 212.

²⁹ E. KOHLER, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, cit. p. 161.

de caballería de los primeros siglos, salvo excepciones, están repletos de rebeldes y disidentes frente a una monarquía incapaz de cumplir sus funciones, como en el ciclo de Raúl de Cambray, Guillermo de Orange, etc. O, en otras ocasiones, emiten la imagen de una monarquía que, una vez se asienta y comienza a ejercer como tal, deja efectivamente su misión en manos de sus caballeros y actúa, como mucho, como meramente arbitradora, poseedora de una última palabra la cual los caballeros frecuentemente ignoran si la consideran injusta o equivocada. Esto se refleja en el ciclo artúrico, donde el protagonismo es usurpado por los caballeros de Arturo una vez este se asienta en el trono de Britania.

Esta contestación a la monarquía se revela por medio de la violencia. De hecho, la violencia se convirtió en parte de la identidad caballeresca, ya sea mediante la práctica de los torneos o del ejercicio de la justicia privada y personal, la cual incluso en un reino tan centralizado como Inglaterra la monarquía tenía dificultades en mantener bajo control³⁰.

No obstante, la monarquía sería capaz de abrazar la caballería y moldearla para sus propios fines³¹. Esta empezó a ver la caballería como una herramienta a través de la cual generar una elite nobiliaria bajo su servicio, transformándose el rey en el primero de los caballeros, demostrando virtudes tan valoradas por la caballería como la *larguesse*, encajándose en la búsqueda de la *prouesse* y participando de las tradiciones y festividades caballerescas, apropiándose así, en última instancia, del aura sacra de la caballería y fundiéndola con el aura sacra de la monarquía.

Una de las herramientas usadas sería la vida cortesana, y, más relevante para el presente trabajo, el uso de divisas y fórmulas caballerescas a través de las cuales apelar al honor y virtudes de los nobles que sirven en la casa real. A partir de la segunda mitad del siglo XIV, los príncipes y barones de las cortes de la Europa occidental habían desarrollado una fuerte cultura cortesana, con ceremonias muy elaboradas, dentro de las cuales estaban los sirvientes y miembros de su casa, que actuaban en ella como clientes o dependientes del monarca. Este servicio a menudo se extendía a sus vasallos, los cuales estaban crecientemente atados a la corte real. A medida que se extendían las redes del

³⁰ R. KAEUPER, *Medieval Chivalry*, pp. 250-257.

³¹ Bonifacio PALACIOS “La recepción de los valores caballerescos por la monarquía castellanoleonese” en VV. AA. *La Península Ibérica y el Mediterráneo entre los siglos XI y XII*, Fundación Santa María La Real, 1997, pp. 84-85.

poder monárquico gracias a una burocratización y centralización del poder, van desapareciendo los ejércitos paralelos a la estructura feudal. A partir de este momento, muchos príncipes comenzarán a establecer ordenanzas con la idea de uniformizar a los miembros del servicio³², sin duda para dejar marcadas en el ceremonial del día a día las redes de poder e influencia real. El uso de uniformes y divisas tendría un efecto psicológico al reforzar la idea del servicio al monarca, adoptando simbologías paralelas a la heráldica para significarse personalmente ante la corte y sus hombres de confianza. La práctica de la caballería andante, así mismo, adoptará divisas y señales, *emprises* o empresas, como marca de su voto³³. En este contexto se integrarán las órdenes de caballería como un elemento fundamental de las cortes principescas, un elemento de control a través de una integración limitada a un grupo de poder y cercanía al monarca.

Las asociaciones caballerescas como formas de solidaridad: cofradías y hermandades

De acuerdo con Keen, “en términos constitucionales, los vínculos más cercanos entre las órdenes caballerescas y las cofradías de finales de la Edad Media no parecen estar con las órdenes de los cruzados, sino con las cofradías laicas”. Estas cofradías destacan por su fuerte componente devocional y de defensa mutua, junto con la difusión de juramentos y distintivos tales como ropajes e insignias, todo ello bajo el liderazgo de un gran maestro o algún otro oficial³⁴. Así mismo, las cofradías estaban organizadas mediante normativas y reglamentos, similar a las posteriores órdenes seculares.

Estas cofradías están derivadas directamente de las asociaciones de oficios que se estaban formando en la Europa del XIII, con el objetivo directo de cohesionarse como grupo en un espacio urbano o social, y ejercer una solidaridad e identidad de grupo³⁵. Al contrario que las grandes casas de la alta nobleza, la pequeña nobleza de rango

³² D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, Boydell Press, Woodbridge, 1987 p. 3.

³³ Véase la obra de Martín de Riquer (M. DE RIQUER *Caballeros andantes españoles*, Gredos, Madrid, 2008) para un estado acerca del fenómeno de los caballeros andantes en el ámbito hispano.

³⁴ M. KEEN *La caballería* cit., p. 250.

³⁵ Armando SERRANO, “La cofradía de Infanzones de San Jorge de Alcañiz”, *Aragón en la Edad Media*, XX, 2008, p. 760. véase así mismo: Jesús RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía, soberanía monárquica y caballería. Poética del orden de caballería*, Akal, Madrid, 2009, y Jesús RODRÍGUEZ-VELASCO, “Invención y Consecuencias de la Caballería” en Fleckenstein, Joseph, *La caballería y el mundo caballeresco*, Siglo XXI, Madrid, 2006., pp. XI-LVIII.

caballeresco solo puede ejercer su influencia en un ámbito local, de manera limitada, y en grupo.

La solidaridad en estos grupos se ejerce de diversas maneras, pero sobre todo se hace a través de la ayuda en las cargas económicas. El mantenimiento de un estatus a través de la riqueza era un elemento esencial de la identidad caballeresca, pues además de mantener el equipo necesario para ejercer como tal, el caballero debía vestir y comportarse de una manera determinada, en particular en lo referente a la generosidad, la *larguesse*. La caída en pobreza de un caballero era un peligro constante, pues eso amenazaba su propio modo de vida, que ideológicamente debía mantener. Esto se materializaba mediante las cofradías, ya fuera por mecanismos de caridad como los donativos³⁶, o la existencia de hospitales donde mantener a los caballeros pobres, así como la educación de huérfanos y el cuidado de ancianos y enfermos³⁷.

La carga espiritual también era tenida en cuenta, pues las cofradías se encargaban tanto del funeral como del entierro del caballero, mediante una exhibición pública del duelo de sus cofrades y familiares, en una de las tantas ceremonias públicas para reivindicar el estatus, y consecuentemente los privilegios y el poder público de su rango. En este sentido, el pago y organización de misas de difuntos para el fallecido cumplen un papel esencial en la instauración de la solidaridad interna de grupo. No solo se trata de aliviar la carga espiritual de sus miembros mediante el pago conjunto de misas y sufragios por el difunto (pues su pertenencia a estas organizaciones eliminaba la preocupación sobre su destino en el más allá), sino que servía como uno más de los rituales recordatorios de los miembros de la cofradía y, por tanto, de su pertenencia al estamento caballeresco. En resumen, la pertenencia a estos grupos era una garantía y confirmación del estatus caballeresco³⁸.

La consolidación de la conciencia de clase a través de las cofradías no se hace solo mediante la solidaridad interna, sino también con la exhibición devocional hacia iconos caballerescos, así como a través de la propia exhibición pública en fechas señaladas. La creación de cofradías caballerescas, hermandades de caballeros nativos de una misma zona, respondía en parte a estos valores devocionales, que se centraban en torno a una

³⁶ Adelina ROMERO MARTÍNEZ, “El asociacionismo del poder: las cofradías de hidalgos y caballeros” *En la España medieval*, 18, 1995, pp. 152-153.

³⁷ M. KEEN *La caballería* cit., p. 250.

³⁸ A. ROMERO MARTÍNEZ, “El asociacionismo del poder: las cofradías de hidalgos y caballeros”, cit. pp. 154-155.

figura (por lo general uno de los múltiples santos de la caballería) alrededor de la cual realizaban sus actividades: el reconocimiento de sus actos, sobre todo en torneos, y la protección mutua, reflejada en la observancia religiosa relativa a los difuntos.

En muchos aspectos, estas prácticas se asemejarían a las funciones de los gremios mercantiles y artesanales. Ya hemos visto como la caballería tiene una necesidad corporativa, en donde el reconocimiento por parte de los pares del estatus y las hazañas caballerescas es un aspecto esencial de la orden. Mediante la pertenencia a sociedades de este tipo, los caballeros pueden representar las actitudes y rituales colectivos que se esperan de ellos.

En otros aspectos, el uso de la fiesta caballerisca como medio de exaltación social es también relevante, pues vemos como muchas de las cofradías daban una especial importancia a la organización de torneos y otros ejercicios. Hay noticias de asociaciones cuyo cometido era la organización de torneos y justas para sus integrantes, como una fundada en Basilea en 1265 conformada por dos equipos, las “estrellas” y los “loros”, los cuales presumiblemente se enfrentarían en justas³⁹. De estas asociaciones hay pocas noticias, aunque parece ser que tuvieron cierta relevancia en paralelo a la creación de las órdenes monárquicas hacia mediados del siglo XIV, principalmente en Alemania. Asimismo, existen asociaciones temporales conocidas como “tablas redondas”, formadas alrededor de un torneo en concreto con el objetivo de imitar ciertos tropos y escenas del mundo artúrico, así como hacer cumplir las normas establecidas para ese torneo⁴⁰. Esta modalidad de torneo influirá, como veremos, en la fundación de la orden de la Jarretera⁴¹.

Antecedentes de las ordenes monárquicas

Cronológicamente hablando, la primera orden caballerisca fundada bajo el patronato monárquico fue la “Fraternal Sociedad de San Jorge”, fundada en Hungría por el rey angevino Carlos Roberto I⁴². De efímera historia, con apenas un documento detallando la única reunión conocida, en el 23 de abril de 1326, día de San Jorge, limitan el estudio de su funcionamiento e historia interna. Sin duda, su fundación es fruto de los

³⁹ Ambos símbolos asociados con el culto Mariano. Véase: Richard BARBER y Juliet BAKER, *Tournaments; Jousts, chivalry and pageants in the Middle Ages*, The Boydell Press, Woodbridge, 1989, p. 188.

⁴⁰ R. BARBER y J. BAKER, *Tournaments*, cit. p. 190.

⁴¹ M. KEEN *La caballería* cit., p. 271.

⁴² D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 27.

intentos de Carlos Roberto por consolidar su poder en torno a una fastuosa corte, a imitación de las cortes occidentales. Carlos Roberto basaba su poder en la baja nobleza, frente a los grandes magnates que habían consolidado su poder tras la extinción de la dinastía anterior, la casa de Arpad. Mientras los magnates habían adoptado las prácticas de la caballería occidental, los barones menores no lo habían hecho al mismo nivel, lo cual aprovechó el monarca para generar un colectivo de caballeros leales a la nueva dinastía. De hecho, los estatutos explicitan que el rey debe usar la sociedad para “proteger a su persona y al reino”⁴³.

Esta orden es una especie de sociedad híbrida, a medio camino entre las cofradías de caballeros y una orden monárquica propiamente dicha⁴⁴. La advocación a San Jorge y el uso de *fraternalis societas* como descriptor del tipo de organización enlaza con las cofradías. A pesar de que tiene muchas de las formas y conceptos de estas, es en la práctica una orden fundada y controlada por el monarca para defender sus intereses dentro de la nobleza húngara⁴⁵. Así, puede ser clasificada dentro de las órdenes monárquicas, pero su funcionamiento estaría más próximo al de las cofradías.

⁴³ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 33.

⁴⁴ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 33.

⁴⁵ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 42-43.

La Orden de la Banda

Orígenes

La fundación de las órdenes monárquicas, como respuesta a diversas problemáticas relacionadas con la nobleza, suele emanar de intereses caballerescos, sobre todo en un momento en donde la caballería cortesana o “idealizada” aún no está plenamente establecida. Así, en el caso castellano es la figura de Alfonso XI “el justiciero” la que dará origen a la orden de la Banda, sino todas sus actividades.

Hijo de Fernando IV y de Constanza de Portugal, el joven rey ascendió al trono de Castilla con apenas un año y un mes en 1312, tras la temprana muerte de su padre. A partir de este momento dos hechos marcarán la imagen y actuación del monarca e influirán en la fundación de la orden. El primero es la regencia, entre 1312 y 1325, durante la cual los grandes magnates castellanos actuaron para socavar la autoridad del rey. Las sucesivas muertes de su madre en 1313, de sus dos regentes, los infantes Pedro de Castilla y Juan “el de Tarifa” durante el desastre de la Vega de Granada en 1319, y finalmente la de su abuela y tutora, María de Molina, en 1321, provocaron un caos interno que fue aprovechado por los magnates. Entre estos destaca la figura de Don Juan Manuel, cuya obra sobre la caballería contrasta con la caballería que intentaría imponer el rey. En 1325, a la edad de 14 años, Alfonso XI logró el reconocimiento de su mayoría de edad, comenzando su reinado personal.

En cuestiones militares, la campaña en el Estrecho será el momento estelar del reinado de Alfonso XI. Iniciada en 1340 bajo bula de cruzada tras la incursión de los Benimerines en la península (que sería, de hecho, la última incursión norteafricana en el sur peninsular). Dicha bula dará a la campaña un aura caballeresca⁴⁶. La victoria en la batalla del Salado, liberando Tarifa del asedio y sitiando Algeciras, generó una oleada de entusiasmo por Europa, redundando en la presencia de caballeros extranjeros, que acudían al asedio de Algeciras en busca de la gloria en cruzada.

Las crónicas, especialmente la *Grand Crónica de Alfonso Onceno*, establecen la fundación de la orden de la Banda en Vitoria, en 1330. Habiendo sido invitado por los nobles alaveses para asumir el señorío sobre el territorio, Alfonso aprovechó la ocasión

⁴⁶ Isabel GARCÍA DIAZ: “La orden de la Banda”, *Archivum Historicum Societatis Iesu*; Roma, Vol. 60, 1991, pp. 29-89. Incluye la edición de Ordinaciones de la Orden de la Banda p. 50.

para fundar una orden que pretendía recuperar la práctica de la caballería en los reinos de Castilla y León. El rey ordenó que los caballeros y escuderos que lo acompañaban tomaran una “banda” de color negro, la cual pondrían diagonalmente sobre unas vestiduras blancas. La banda en sí no era una prenda externa, sino parte de la túnica o tabardo⁴⁷, a imitación de las órdenes de caballería monásticas, y los caballeros debían exhibirla tanto como pudieran, aunque la vida cortesana hacía que esta exhibición fuera ciertamente limitada.

Se forma así, por medio de un simbolismo ceremonial en un lugar concreto, lo que sería una orden. La crónica especifica que ya desde este momento el grupo contaba con una serie de ordenanzas, a través de las cuales sus miembros buscaban guardar y mantener la caballería por medio de sus actos colectivos, aunque esto es poco probable. La orden aquí fundada se asemeja más a un emblema concreto otorgado por el rey a su mesnada⁴⁸, de gran importancia simbólica como recordatorio de votos y como señal de servicio al monarca. Será la creación de normas que la definan y oficialicen, y con su cumplimiento podremos decir que se inicia la orden en sí, pasando de ser un grupo a una organización formal, en un proceso todavía poco entendido.

De acuerdo con la obra de Rodríguez-Velasco, las distintas facetas de la caballería están imbuidas de una dialéctica entre la localización y la deslocalización. Una localización en torno al espacio urbano de las ciudades peninsulares, asimilando la caballería urbana con el gobierno de la ciudad misma. Por el contrario, la caballería monárquica es una caballería en movimiento, la cual se origina en torno al mito del caballero errante, quien por medio de sus actos, lleva el honor y honra de la monarquía consigo. La caballería es una especie de embajadora de la monarquía, a través de la cual esta se encumbra.

La fundación de la orden, acaecida en Vitoria en el contexto de la toma de posesión de un territorio, continúa fuertemente enlazada con esta idea de la localización contra deslocalización que expresa Rodríguez-Velasco⁴⁹. La cofradía de Álava (conocida como cofradía de Arriaga) se disuelve como cofradía de caballeros independiente y, en

⁴⁷ Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, “El emblema de la banda entre la identidad dinástica y la pugna política en la castilla bajomedieval (c. 1330-1419)”, *Emblemata: Revista aragonesa de emblemática*, N.º 20-21, 2014-2015, pp. 121-170.

⁴⁸ Jesús RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía, soberanía monárquica y caballería. Poética del orden de caballería*, Akal, Madrid, 2009, p. 171.

⁴⁹ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 169.

su lugar, el rey forma su propia cofradía con él como centro, e inviste a sus caballeros con sus propios hábitos simbólicos que les dan identidad como miembros de este colectivo.

En sí, como argumenta Rodríguez-Velasco, la orden de la Banda actúa como una especie de caballería paralela, fuera de las estructuras usuales. Si bien el rey inviste y genera una cadena de lazos de lealtad⁵⁰, la orden de la Banda permanece al margen, como una orden en representación y servicio directo al rey, imbuida de ideales caballerescos pero relativamente separada y centrada en la figura del monarca. Así, se representa como un grupo separado y bien definido, al margen de otros grupos sociales y normas jurídicas, y sus miembros se encuentran atados al servicio del rey por la propia jurisprudencia del reino⁵¹, lo que garantiza una especie de dislocación de la caballería.

La propia investidura caballeresca de Alfonso XI puede reflejar esta visión del rey como restaurador de la institución: en un peregrinaje a Santiago, el monarca colocó su espada en una figura articulada del santo, e hizo que le golpeará en el hombro, dándole la pescozada. El rey había entrado, por lo tanto, al *ordo* de la mano del santo patrón de la caballería en Castilla, y procedió semanas después, en su coronación en Burgos, a ordenar a más caballeros a los cuales invistió con ropajes que él mismo había diseñado y seleccionado, muchos de los cuales figurarían en el listado de caballeros de la Banda (aunque no todos). El rey se presenta como dador de una nueva caballería, cuya línea de transmisión desciende directamente de Santiago Apóstol. Al imponerles la Banda, en cierto sentido crea una nueva fraternidad centrada en torno al rey, la cual extenderá sus valores al resto.

Miembros y ordenación

Como hemos visto, entre los escritores contemporáneos es la ordenación y una severa estructuración de la membresía lo que identifica una orden como tal. En el caso de la orden de la Banda, nos encontramos con dos distintos documentos de todavía controvertida datación, a los que llamaremos “A” y “B” en función de su antigüedad.

El texto “A” representa la primera versión del “libro de la Banda”, cuya copia más antigua es un manuscrito redactado en una fecha indeterminada, aunque no posterior a

⁵⁰ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 172.

⁵¹ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 184.

1351⁵². El documento, del cual Rodríguez-Velasco hace un extenso análisis material, se presenta como inacabado, habiendo sido preparado como parte de la cámara regia para simbolizar la emanación de la caballería desde la realeza.

De acuerdo con su contenido, el aspecto de mayor relevancia a la hora de ser aceptado en la orden es ser hidalgo. Así mismo, la aceptación de escuderos es una señal más de la inclusión de toda la nobleza e infanzonía dentro de las practicas caballerescas, en lugar de reservarlas a los caballeros ya investidos. Así, la Banda aparece como una nueva caballería, una nueva orden que eleva a la clase caballeresca a nuevas cotas en un momento en donde la línea entre escudero y caballero se diluye, aprovechando la necesidad de crear una nueva elite social dentro de la elite.

Un factor que debemos tener en cuenta en el caso de la hidalguía o caballería de clase castellana es su competencia con la caballería villana. Por una parte, el rey Alfonso alentará el establecimiento de esta institución, que incluso los tratados caballerescos literarios y legales reconocen como parte del estamento de “defensores” (aunque sin la calidad de los hidalgos), pues el rey tiene una gran necesidad de reforzar la frontera, ante la relativa escasez de hidalgos presentes en ella. Así, el ordenamiento de Alcalá, profundamente ligado a la preservación del Libro de la Banda, impone la obligatoriedad de mantener un caballo según los bienes de cada uno e independientemente de la clase social⁵³, como parte de una campaña legal para reforzar la frontera y establecer una milicia de jinetes a la que convocar y tener disponibles para la guerra. Por otro lado, el rey sabía que de alguna manera tenía que reforzar la clara separación entre este colectivo y la hidalguía, a la cual se terminaría asimilando.

La jerarquía interna de la orden es extremadamente simple. En la cima se situaría el personaje que el ordenamiento llama “maestre”, pero a pesar de lo que pudiéramos pensar, la caracterización de esta figura no está clara. Ninguna de las dos versiones de los ordenamientos ata claramente esta posición con la del monarca⁵⁴ y Rodríguez-Velasco duda que ambas funciones recayeran en el mismo individuo. En tal caso, si el maestre fuera una figura independiente de la monarquía, esta sería prácticamente ceremonial⁵⁵. Por otra parte, si el rey fuera el maestre, sería una ficción destinada a mantener al monarca

⁵² J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 148.

⁵³ I. GARCÍA DÍAZ, “La orden de la Banda” cit. p. 45.

⁵⁴ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 72.

⁵⁵ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 193.

a medio camino entre dentro y fuera de la orden. A imitación de las órdenes de caballería ficticias, en particular las artúricas, habría que generar una especie de compañerismo con el rey, y veremos en numerosas órdenes posteriores cómo este actúa internamente como un miembro más. Las limitaciones que los ordenamientos marcan al Maestre son irrelevantes cuando esa posición está subordinada o asumida por el monarca, aunque se encuentre decorada con la ilusión de cierta igualdad en el seno de la orden⁵⁶. El rey así mantiene el control y soberanía sobre la organización, al tiempo que se mantiene independiente de ella por virtud de su rango.

De hecho, un requerimiento muy temprano era que los candidatos a ingresar en la orden fueran ya vasallos del rey o de uno de sus hijos, y por tanto renovarían el susodicho vasallaje a la ascensión del nuevo monarca. Esta norma es de hecho aplicada, como lo demuestra la expulsión de Pero Carillo de la orden al ser vasallo de Enrique de Trastámara y no del rey Pedro I, hijo y sucesor de Alfonso XI. La Banda es propiedad de la casa real y está atada, por tanto, al linaje sucesorio de la casa real de Castilla⁵⁷.

Otro requerimiento indicaba que se aceptara en la organización a los “mejores”, lo cual enlaza con el carácter pseudo-meritocrático de la orden de caballería. Aunque ciertamente el linaje está considerado a través de la hidalguía, se incluye un curioso proceso de selección según el cual los hidalgos pueden postularse como miembros de la orden, el cual describiremos más adelante⁵⁸.

En sí, esta clase de pruebas y recompensas revelan que pervivía todavía una idea relativamente meritocrática del acceso a la caballería, aunque fuera integrada dentro de las actitudes clasistas de la misma. Si bien el aspecto de la ascendencia sin duda alguna tiene un enorme influencia, se denota una ansiedad dentro de la nobleza por confirmar su propia proeza individual y efectiva, al margen de la propaganda y del clasismo. La pertenencia a ciertas órdenes debía indicar una excelencia en las artes caballerescas, más que una pertenencia por medio del linaje, siendo una manera de convencerse a sí mismos de su propia virtud.

Siguiendo a Rodríguez-Velasco, en primer lugar, el objetivo es generar un cuerpo de asiduos del rey, leales a su persona a través de enlaces caballerescos. El ordenamiento,

⁵⁶ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 73.

⁵⁷ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 196.

⁵⁸ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 76.

en particular, trata de establecer este ideal, como indica el autor, en tanto que “objetos del deseo amoroso del caballero”⁵⁹: Dios, rey y la dama, en ese orden. Alfonso XI indudablemente quería rodearse de un grupo de leales unidos no por linaje u oportunismo, sino por una convicción moral. Al crear un grupo de guerreros de elite, además de alentar a la práctica de ejercicios caballerescos como entrenamiento militar, buscaba que los miembros de la nobleza se comportaran de igual manera con la esperanza de ser admitidos en la orden⁶⁰.

La orden de la Banda y la justicia están intensamente imbricadas. La posición de los caballeros dentro del estamento de los defensores les concede también la posición de mantenedores del orden social, y por tanto, de las leyes. Así, aparecen como monopolizadores de la violencia institucional, aspecto que se alentará por parte de la monarquía como una variante pacificadora de la función guerrera del caballero⁶¹. De este modo, el ordenamiento de la orden de la Banda deja clara la voluntad real de otorgar a miembros de la orden puestos judiciales y administrativos, al tiempo que mantiene la suprema autoridad real presente en todo momento. Por ejemplo, el capítulo 22 del ordenamiento indica que un caballero de la Banda no puede juzgar a otro, sino que debe ser enviado al rey en persona. Esto indica dos aspectos, la idea de la igualdad entre los miembros de la orden, y la soberanía regia sobre todos ellos. Rodríguez-Velasco apunta que es precisamente en el aspecto de la justicia donde mejor se aprecia la situación liminal de la monarquía, diferenciando el puesto de maestre y el de rey, que al tiempo que se presenta como parte intrínseca de la orden, puede actuar con independencia y por encima de ella cuando sea necesario⁶².

El ejercicio de torneos y actividades caballerescas tendría, así, una doble vertiente. En ambas versiones del texto, las actividades caballerescas son de tres tipos: reuniones generales, torneos y campañas militares. En particular, las reuniones generales varían dependiendo de la redacción, con el texto A imponiendo una única reunión anual en Pentecostés, y el texto B cada dos meses, en particular Pascua, San Juan y Navidad⁶³. Estas reuniones, especialmente la referida a Pentecostés, evocan las sesiones de la corte artúrica, donde los caballeros de la mesa redonda se reunían a contar sus hazañas para ser

⁵⁹ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 203.

⁶⁰ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 93.

⁶¹ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 196.

⁶² J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 198.

⁶³ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 84.

recompensados por el rey. En particular, es referencia directa a la aparición del caballero que se sentará en el *siege preilleux* y la búsqueda del Grial, evocación de la congregación de los apóstoles para la evangelización del mundo. La celebración en Pentecostés evoca, en cierta medida y en tono caballeresco, la bajada del Espíritu Santo ante los apóstoles, y estas reuniones, tanto ficticias como efectivas, tratan de recrear e imitar anualmente ese momento, todo ello centrado en la persona del rey. Así como los apóstoles se separaron para difundir la palabra de Dios por el mundo y los caballeros de Arturo para buscar el santo grial, los caballeros del rey de Castilla saldrán de la reunión de Pentecostés preparados para hacer hechos a mayor gloria del monarca⁶⁴.

En la segunda redacción, no obstante, este aspecto varía, y en general se advierte una liberación de muchas de las normas más estrictas con respecto a la autoridad real para con los miembros de la orden⁶⁵. Se elimina la reunión de Pentecostés y se hacen reuniones generales, las cuales se limitan a pasar revista y hacer alarde de armas. Aunque por un lado la segunda redacción (texto B) centrará el vasallaje de la Banda en la figura del rey, los caballeros se verán libres de muchos de los requerimientos, por ejemplo, en lo tocante a la posesión de tierras.

Es significativo notar como el ordenamiento en si es explícitamente un secreto interno de la orden. Mientras que el primer ordenamiento limita esta prohibición a una mera advertencia al final del capítulo 22⁶⁶, el segundo ordenamiento lo transforma en una severa pena, no porque contenga algún conocimiento exclusivo, sino porque, según palabras de Rodríguez-Velasco, “es el secreto mismo el que tiene valor jurídico”. La diferencia efectiva entre los miembros de la orden y los del exterior es el conocimiento del secreto del ordenamiento, transformándose en una nobleza no de linaje, sino exclusiva, seleccionada y apreciada. Esto era una de las necesidades que cumplía la orden, la de generar una sensación de efectiva nobleza en el sentido meritocrático, de formar parte de un grupo de elite por selección y no por herencia a través del linaje.

⁶⁴ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. pp. 213-214.

⁶⁵ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. pp. 199-200.

⁶⁶ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 215.

La Banda en combate

La segunda de las actividades caballerescas de la orden se refiere a la participación en torneos, siendo la orden monárquica que más importancia dará a este factor. Los caballeros estaban obligados a participar en los torneos convocados por el rey, así como aquellos celebrados en los alrededores de su residencia⁶⁷. Alfonso disfrutaba de los torneos y, en efecto, parece que los caballeros de la Banda acudían y participaban en equipo. Es de hecho la única de las órdenes que impone la participación en torneos como deber obligatorio.

Los torneos son omnipresentes en la crónica de Alfonso XI, y presentan, de acuerdo con Rodríguez-Velasco, a un rey-caballero aventurero, que usa la aventura como actividad caballerisca para encumbrar la figura del organizador⁶⁸, y en este caso, de la orden de la Banda, dada la asiduidad con la que esta participa en equipo. El torneo es un punto de encuentro de caballeros de lugares dispares, y la presencia en él de uno o más caballeros de la Banda que se presentan como tales, hace aumentar la fama y el prestigio de la orden. La supuesta ficción del caballero andante se daba, y aunque alcanzara su punto álgido en el siglo XV, está atestiguada la presencia de caballeros de todas partes de Europa en estas celebraciones, sirviendo como ejemplo la presencia de Guichard de Lebert, vizconde de Tarter, armado caballero de la mano de Alfonso XI⁶⁹. Paralelamente, se trata de calmar la ansiedad de la Iglesia con respecto a esa práctica, regularizando y ordenándolo para minimizar los riesgos, que eran la mayor causa de la objeción del clero a la celebración de justas y torneos. Las mismas *Partidas* del abuelo del rey, Alfonso el Sabio, prohíben la práctica, y aunque por lo general la idea del caballero de la Banda es heredera de la imagen ideal presentada en las *Partidas* del rey sabio, la celebración de torneos es uno de los pocos puntos de diferenciación; en la ordenación de la orden se pena el derramamiento de sangre así como la ausencia en un torneo⁷⁰.

Además del uso político del torneo, nos encontramos una situación donde se está dando un gran énfasis a la actividad como entrenamiento en batalla y, así mismo, como proceso de selección de los caballeros de la orden. El procedimiento es evocador de las novelas de caballería. El aspirante debe presentarse a un torneo llevando la banda como

⁶⁷ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 84.

⁶⁸ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 210.

⁶⁹ FRANCISCO CERDÁ Y RICO (ed.) *Crónica de D. Alfonso el Onceno*, segunda edición, Madrid, 1787, capítulo CII, p. 186. y J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 210.

⁷⁰ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 209.

señal de la pertenencia a la orden, ante la cual dos caballeros de la misma le desafiarán a un combate. Si lo gana, deberá revalidar su pertenencia en el siguiente torneo convocado por el rey para ser investido formalmente⁷¹.

En paralelo a lo ya comentado (la concepción de la orden de la Banda como un elemento de la mesnada de la monarquía castellana), tenemos normas que regulan su participación en combate. Según Boulton, la experiencia de los caballeros en los torneos como equipo les daba una gran ventaja a la participación como compañía.

Since its members were also (at least in theory) carefully selected for their prowess, were required to supply themselves with the best possible equipment, were kept in fighting trim by their almost constant participation in joust and tournaments, and were bound to one another by numerous fraternal obligations, the company of the Band ought to have been by far the best lay unit in the royal army⁷².

Es indudable que Alfonso XI, además de crear un círculo de leales, buscaba crear una unidad militar de elite a través del entrenamiento regular y la generación de una conciencia de grupo, dada la lealtad que se esperaba que los caballeros fomentaran entre sí. La única referencia que tenemos a un oficio dentro de la orden, además del maestro, es la presencia de un alférez, encargado de portar en batalla el pendón de la Banda, alrededor del cual se aglutinarían sus miembros, ya fuera individualmente o a la cabeza de sus mesnadas, siempre bajo el mando del rey⁷³. Era un intento de crear una meritocracia caballeresca, en donde dentro de una elite social, se pudiera encontrar una autentica elite militar, bien entrenada y equipada.

El reinado de Alfonso XI se sitúa en un momento de guerra contra el reino de Granada. Tras haber estado parada la frontera desde el reinado de Fernando III, será el rey Alfonso quien reinicie las campañas que culminarán con la conquista de Algeciras, antes de la muerte del monarca durante del asedio de Gibraltar. Así pues, la creación de una unidad de elite como la orden de la Banda sigue paralela a sus políticas dirigidas a crear una fuerte milicia de frontera a la cual convocar en momentos de conflicto, al tiempo que diseña métodos de diferenciación entre esa caballería villana y los caballeros propiamente dichos⁷⁴.

⁷¹ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 209.

⁷² D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 85.

⁷³ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 85.

⁷⁴ I. GARCÍA DÍAZ, "La orden de la Banda" cit. p. 46.

En más de una fuente vemos la presencia militar de la orden de la Banda. En el poema de Alfonso XI nos encontramos referencias ésta, siempre en grupo y asociada al cuerpo del monarca⁷⁵.

Cuando se menciona a los caballeros de la Banda se hace de manera elogiosa, [...] no veía en ella más que un grupo indistinto de caballeros que *aguardaban* al propio rey. Un grupo que actúa como tal, como un grupo, como una sociedad o como una fraternitas, y en el cual no hay ningún elemento que sobresalga de su rigurosa horizontalidad, como no sea el rey mismo⁷⁶.

En la *Crónica*, se hace una fuerte crítica a la actitud de los cruzados extranjeros, cargando contra el enemigo sin orden ni concierto en busca de la gloria en batalla. Este tipo de alardes son parte de un extensa crítica a la actitud de muchos caballeros, en donde la consciencia inculcada de pertenecer a una cofradía de elite de caballeros generaba una necesidad de búsqueda de gloria⁷⁷. De entre los tratadistas de la caballería Honoré Bovet cita explícitamente la disciplina regimental, encarnada en el miedo a la pérdida de confianza en su capitán⁷⁸.

Con el paso del tiempo, la orden de la Banda fue perdiendo su lustre. Con el hijo y sucesor de Alfonso XI, Pedro I, se tratará de mantener y preservar los estatutos de la orden, lo que no impedirá que muchos miembros acudan a las filas de su hermano, Enrique de Trastámara⁷⁹. De hecho, Enrique usara el pendón de la Banda como señal regia en la batalla de Nájera, a pesar de los intentos de Pedro I de reivindicar la seña como elemento asociado al poder real. El rey Pedro fue incapaz de monopolizar la Banda como señal regia ante el exilio de la orden al bando de su hermano Enrique, y es posible incluso que la Banda se desdoblara⁸⁰. El cambio de la insignia de la orden de una banda negra en fondo blanco a una roja en fondo dorado puede deberse a esta división.

Con el ascenso al trono de Enrique II, la Banda dejara de ser una orden de caballería *per se*, y se convertirá en un emblema y distinción honorífica, libremente otorgada a individuos incluso fuera de la mesnada real, sin duda debido al prestigio alcanzado, que llevaría a la imitación del modelo en otras cortes europeas. La enseña se

⁷⁵ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 179.

⁷⁶ J. RODRÍGUEZ-VELASCO, *Ciudadanía...*, cit. p. 177.

⁷⁷ Richard W. BARBER, *The Knight and chivalry*, Boydell Press, Woodbridge 1995 (ed or.1970) pp. 229-230.

⁷⁸ J. FLORI, *Caballeros...*, cit. p. 125.

⁷⁹ I. GARCÍA DÍAZ, "La orden de la Banda" cit. p. 56.

⁸⁰ A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, "El emblema de la banda...", cit. p. 135.

entregará a caballeros aragoneses, como los Luna, los cuales entrarán en conflicto con los monarcas aragoneses, que les reprochaban el uso simultaneo de la insignia aragonesa (una “crucecita colorada pequeña”, posiblemente la cruz de san Jorge) y la Banda castellana, como si ambos signos fueran contradictorios e indicación de lealtades en conflicto⁸¹. Aun así, eventos como la entrega de la Banda a los caballeros franceses del duque de Borbón en un intercambio de divisas ya parece augurar la transformación de la Banda en una herramienta diplomática, destino que tendrían la mayoría de las órdenes caballerescas entrado el siglo XVI.

Los monarcas sucesivos crearán sus propias órdenes, que les identificarán personalmente, como el Collar de la Escama bajo Juan II, la cual es representada como su insignia personal, más que la Banda⁸². En los reinados de los Trastámara la Banda pervive, aunque convertida en una orden usada como una distinción social más que como una institución bajo la cual poder mantener el control de la nobleza. De hecho, hasta cinco pseudo-órdenes se fundarían a lo largo del siglo siguiente, siendo las dos primeras las llamadas del Espíritu santo y la Rosa, ambas en el contexto de la campaña portuguesa: la primera para caballeros y la segunda para escuderos. Subsiguientes monarcas y dinastías Trastámara crearán sus propias órdenes caballerescas en los años sucesivos: el Collar, la Escama, y la Jarra y el Grifo, la última de las cuales se implantará en Aragón, llevada por su fundador, Fernando de Antequera.

⁸¹ A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, “El emblema de la banda...”, cit. p. 138.

⁸² A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, “El emblema de la banda...”, cit. p. 157.

La Jarretera y la Estrella: las órdenes en la guerra de los Cien Años

Orígenes de la Jarretera

La turbulencia de la regencia de Alfonso XI es paralela al tempestuoso acceso al trono de Eduardo III de Inglaterra, fundador de la que será la más perdurable de las órdenes de caballería y la de mayor prestigio hasta la aparición de la orden del Toisón de Oro. Su reinado es irremediablemente comparado con el de sus antecesores, los cuales marcaron fuertemente su actitud. Primero, su abuelo Eduardo I el Zanquilargo, quien efectivamente unificó la isla de Gran Bretaña con sus campañas en Gales y su conquista de Escocia ante el caos de la sucesión al trono, lo que le valió su segundo apodo, el de “Martillo de los escoceses”. El brillante reinado de Eduardo I es contrastado con el de su hijo y sucesor, Eduardo II. Primero en ser investido como Príncipe de Gales, su reinado fue una serie de fracasos continuos, perdiendo Escocia, y culminando en la rebelión de los barones, que llevaría a su deposición y muerte en misteriosas circunstancias. Eduardo III fue coronado rey a la edad de los catorce, y se vio obligado a regir como un monarca títere durante tres humillantes años durante los cuales se garantizó definitivamente la independencia de Escocia, y lo que fue más relevante en los hechos posteriores, se vio obligado a aceptar la elección de Felipe de Valois como rey de Francia, a pesar de su mejor reclamo dinástico al trono francés⁸³.

La fundación de la Orden de la Jarretera es un largo proceso que abarca aproximadamente desde 1344 hasta 1349, finalizando definitivamente el 23 de abril de ese año, cuando se celebra la primera sesión de la que se denominaría la Orden de San Jorge de la Jarretera. Veremos que su forma final distará mucho de su intención original, orientada a refundar la orden de la Tabla Redonda.

La creación de “tablas redondas” había sido una práctica caballeresca desde al menos el siglo XIII⁸⁴. Parecen haber sido en general más amistosas que un torneo de tiempo atrás. Ahora, las justas y enfrentamientos se celebraban hacia el objetivo de la introducción final en la tabla redonda como pares, especialmente con el paso del torneo

⁸³ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 96-97.

⁸⁴ Richard BARBER, y Juliet BAKER, *Tournaments; Jousts, chivalry and pageants in the Middle Ages*, The Boydell Press, Woodbridge, 1989 p. 41-45.

propriadamente dicho hacia la justa clásica. Es quizá el formato de torneo con más carga simbólica hasta el desarrollo de los pasos de armas siglos más tarde⁸⁵.

Fue el abuelo de Eduardo III quien generó el mayor entusiasmo por las competiciones caballerescas, y en este particular es recordado por su relación con la Tabla Redonda. A lo largo de su reinado se convertirá en el gran patrón del torneo en Inglaterra, incluyendo la celebración de tablas redondas⁸⁶. Construirá en efecto una colosal mesa, la Tabla Redonda de Winchester, para la celebración del torneo celebrado en la ciudad⁸⁷.

Eduardo III continuó con la política de su abuelo, aunque no se limitó a la celebración de tablas redondas, sino que su plan sería reestablecer la orden artúrica original. Boulton apunta que ciertamente la decisión de fundar la orden estaría directamente inspirada por la noticia de la fundación de la Banda⁸⁸, aumentando el ya fuerte carácter artúrico de la orden castellana.

Esta idea original la encontramos en un primer momento en 1344, durante la celebración de un torneo en conmemoración de sus victorias francesas⁸⁹, un evento descrito como un “festival de la caballería”, donde como culmen de las celebraciones, el rey juró sobre reliquias y la Biblia la restauración de la Tabla Redonda “en la misma manera y estatus” que la regida por Arturo, la cual se reuniría, como el plan original de la Banda, en Pentecostés, estando compuesta por un número fijo de 300 caballeros, número asociado a los miembros de la orden del *Franc Palais*, aparecida en el romance *Perceforest*⁹⁰. Esta limitación de tamaño es la primera novedad que nos encontramos en la fundación de una orden, la cual se repetirá en fundaciones posteriores. La limitación de miembros servía para crear un círculo todavía más exclusivo para los integrantes de la orden, sobre todo cuando se tiene en cuenta el alejamiento que la orden de la Banda había tenido de sus orígenes como orden asociada a la mesnada real, y más adelante a una señal de favor real.

⁸⁵ R. BARBER y J. BARKER, *Tournaments*, cit. p. 165.

⁸⁶ R. BARBER y J. BARKER, *Tournaments*, cit. p. 31.

⁸⁷ R. BARBER y J. BARKER, *Tournaments*, cit. p. 208. Nótese así mismo como esta ciudad tenía un fuerte simbolismo, siendo la antigua capital de la Inglaterra pre-normanda. Paralelamente, el uso de la iconografía artúrica en su reinado tenía también una utilidad política, en el contexto de la conquista de Gales. La figura de Arturo estaba plenamente presente en la recién conquistada gales, y así pues estos reyes harán un extenso uno de la narración de la leyenda artúrica, no simplemente la simbología o la estética, para defender un espacio de influencia para Inglaterra.

⁸⁸ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 109.

⁸⁹ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 104.

⁹⁰ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 108.

Como hemos explicado, la fundación de esta orden está fuertemente asociada a un objeto y lugar físicos. Mientras que la orden de la Banda estaba completamente alejada de cualquier espacio físico, más que la itinerante corte real, la Tabla Redonda que planeaba fundar Eduardo III tenía uno, el mismo objeto de la tabla y el castillo en el que planeaba alojarla, Windsor, la principal residencia del monarca. Windsor es una localización que sería desde entonces cargada con su propia simbología y significado, relacionados con la leyenda artúrica y su identificación con la localización de Camelot⁹¹. Así mismo, el rey comenzó la construcción de lo que sería la casa de la orden, un edificio hipotéticamente inspirado en el *Franc Palais* que alojaba la orden homónima, preludio precristiano de la Tabla Redonda.

La razón del abandono de estos planes no está clara. La situación económica de la monarquía puede haber influido, como ejemplifica la detención de las obras en Windsor en noviembre de 1344⁹². Es concebible, como argumentan Boulton y J. Vale⁹³, que la fundación de la orden se viera postpuesta por la urgencia de la campaña de Francia, en particular la que llevaría a la batalla de Crécy, indicado por la significativa ausencia del monarca en torneos. La sustitución de la imaginería Artúrica por otra de carácter mucho más devocional, como se puede ver en la sustitución de la “Tabla Redonda” por la capilla de San Jorge de Windsor, que mantendrá la iconografía heráldica de los miembros de la orden en el coro a imitación del *Franc Palais*, se puede deber a necesidades financieras ante el conflicto, además de espirituales, pues la Iglesia vería con malos ojos tal fastuosa creación de la Tabla Redonda, que posiblemente tuviera los torneos como principal actividad⁹⁴. Juliet Vale propone la teoría de que el modelo artúrico no sería el más adecuado para la fundación de la orden, al reflejar un modelo de cierta paridad con el monarca⁹⁵.

⁹¹ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 105.

⁹² D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 111.

⁹³ JULIET VALE, *Aspects of chivalric culture c. 1270 - 1350: The context of the court of Edward III* (Tesis), University of York, York, 1981.

⁹⁴ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 114.

⁹⁵ “Image and Identity in the Prehistory of the Order of the Garter.” en Saul Nigel (ed.) *St George’s Chapel, Windsor in the Fourteenth Century*, pp. 35–50. Boydell Press, Woodbridge, 2005 a través de Stephanie TRIGG *Shame and Honor, A Vulgar History of the Order of the Garter*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 2012, p. 71.

La Jarretera como símbolo y el propósito de la orden

El impacto que la campaña francesa tuvo para la fundación de la orden se atestigua en el uso como insignia real del monarca de la que luego sería el principal emblema de la orden: La Jarretera.

Aquí de nuevo podemos establecer un claro paralelismo con la Banda de Castilla, al poder interpretarse ambas como signos de la mesnada real y del círculo más cercano al monarca en combate. Boulton plantea que la Jarretera podría haber sido la insignia misma de la nueva orden artúrica, dada la necesidad de una señal identificativa para la membresía de esta ante la carencia de la tabla redonda de una propia. No obstante, las primeras menciones que se hacen de ella lo hacen en el contexto de los preparativos de la invasión de Francia en diciembre de 1345, cuando la Jarretera aparece como emblema bidimensional en túnicas, estandartes y otras piezas iconográficas⁹⁶. En el caso de que esta interpretación sea la correcta, ello implicaría que la fundación de una orden de caballería todavía estaba en la mente del monarca incluso durante la campaña en Francia, y que la adopción de la Jarretera como emblema personal del monarca precede a estos preparativos, pues su presencia y significado en iconografía depende de un contexto que hemos perdido.

La Jarretera misma es digna de ser objeto de análisis por su contencioso simbolismo. En la actualidad, es un cinto con hebilla de color azul, atado justo debajo de la rodilla, usado en origen para mantener sujetas piezas de la armadura, inscrita con la frase en francés *Honi Soit qui mal y pense*, “avergonzado sea aquel que piense mal”. La leyenda fundacional de la orden hace referencia, no obstante, a otro tipo de Jarretera; a una liga, o ligero, portado por las damas para mantener sujetas otras piezas de ropa. Frente a la Banda castellana, la cual por requerimientos cortesanos no siempre se podía llevar como prenda, la Jarretera era lo suficientemente simple como para que el rey se sintiera libre de poder reclamar su presencia permanente en las vestimentas de sus miembros, aunque el cumplimiento de esta regulación fluctúa a lo largo del tiempo.

El proceso de creación de la orden comienza en 1348, cuando el rey reorganiza la capilla del castillo de Windsor, poniendo las primeras piedras metafóricas de lo que sería la orden. La capilla del castillo, dedicada a Eduardo el Confesor, fue consagrada a San Jorge y la Virgen María, que serían los patronos de la orden. Además, estableció la

⁹⁶ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 112.

institución de dos colegios: uno de 24 sacerdotes seculares y otro de 24 *miles pauperes* o caballeros pobres. Ambos colegios serían luego integrados en la estructura de la orden. Esto, indica Boulton, es la mejor prueba de que la estructura de la orden estaba ya definida, al menos en papel, al menos un año antes de su fundación formal⁹⁷. En los subsiguientes años la orden se estableció definitivamente, como ha demostrado J. Vale⁹⁸, con un torneo en Windsor el día de San Jorge de 1349, y finalmente con la primera reunión de la orden exactamente un año después.

La preservación, aunque indirecta (a través de una copia de 1534⁹⁹), del registro de la orden, hace que haya una enorme cantidad de información sobre las vicisitudes internas de la organización, y en particular sobre las fluctuaciones de la membresía entre 1416 y 1509. Previo a 1415, tenemos que depender de los registros fiscales del presupuesto de ropajes de la corte inglesa.

Los estatutos de la orden no se han preservado en su forma contemporánea, pero tenemos tres redacciones diferentes en momentos posteriores; dos publicadas por el historiador Elías Ashmole en el XVII y una incluida en el “libro negro”, posible copia de la preservada en el registro original de la orden. A pesar de todo, las tres expresan la misma idea con distintas palabras¹⁰⁰, a saber, los estatutos en vigor hasta el siglo XVI.

Todas las versiones comienzan con el mismo prólogo, narrando brevemente la creación y advocación de la orden a San Jorge y la Virgen y listando los nombres de los caballeros fundadores. La escritura de los fundadores les da una imagen de ancestros honrados, los predecesores heroicos a todos los subsiguientes caballeros. Conocidos como los “primeros fundadores”, todos excepto cuatro estuvieron en la campaña de Crécy, y solo dos estuvieron definitivamente ausentes, liderando en cambio las tropas inglesas en Guyana¹⁰¹.

El centro físico de la orden era la susodicha capilla de Windsor, ahora dedicada primariamente a San Jorge, en donde se colocaron dos líneas de asientos de doce puestos cada una, los cuales serían decorados con las armas de sus ocupantes¹⁰². La membresía

⁹⁷ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 115.

⁹⁸ J. VALE, *Aspects of chivalric culture c. 1270 - 1350: The context of the court of Edward III*, cit. p. 225-228.

⁹⁹ Conocido como el Libro Negro de Windsor.

¹⁰⁰ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 118.

¹⁰¹ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 128.

¹⁰² D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 145.

inicial sería bastante equitativa, habiendo un equilibrio entre miembros de los tres rangos de la caballería inglesa, *peer*, *knight banneret* (caballeros que, sin ser pares, tenían capacidad de mando militar) y *knight bachelor* (sin capacidad de mando militar)¹⁰³.

Los Caballeros Compañeros y el espacio físico

El núcleo de 24 caballeros forma, bajo el rey y el príncipe de Gales, los Caballeros Compañeros, el núcleo central de la orden. Al contrario de la Banda, ya no hay una distinción clara entre el “maestre” y el rey. El “maestre” adopta el título de *souverain*, ligando explícitamente la figura con el monarca terminológica y jurídicamente en los estatutos. La ascensión a la orden últimamente dependía de él, pues podía vetar y, efectivamente, cambiar las decisiones de los “compañeros” en las votaciones para la elección de nuevos miembros¹⁰⁴. Mientras que en la Banda se denota la ansiedad de la monarquía por no atarse plenamente al cuerpo de la orden, por miedo a la influencia que sobre la monarquía pudieran tener sus miembros, la monarquía inglesa carecía de esos temores, confiando en la lealtad de aquellos que ascendían como compañeros de la orden. El mayor problema, no obstante, recaía en aquellos no elegidos para formar parte de ella. De ahí el cuidadoso equilibrio entre los miembros, y la excusión de muchos integrantes de la corte, que eran aliados tradicionales del rey décadas antes¹⁰⁵.

La membresía de la orden estaba frecuentada por los jóvenes miembros de la casa real. Así, todos los hijos varones de Eduardo III fueron electos en la orden, y en 1377 se introdujo a Ricardo de Burdeos (todavía un niño), hijo del Príncipe Negro y futuro Ricardo II. Estos posicionamientos dejan clara la intención de la orden de ser una institución generadora de prestigio en la que miembros menores se convierten en parte del círculo central del futuro monarca. Además, al asociar tan fuertemente la orden con la monarquía, a los miembros electos se les acepta en una institución que conforma, simbólicamente, el círculo central de la casa real.

Una particularidad de la membresía es la necesidad del pago de una “cuota” de entrada, la cual se invertía en el mantenimiento de las instalaciones de la orden, un elemento único entre las órdenes monárquicas, y que señala la fuerte inspiración tomada

¹⁰³ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 129.

¹⁰⁴ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 125.

¹⁰⁵ J. VALE, *Aspects of chivalric culture c. 1270 - 1350: The context of the court of Edward III*, cit. p. 239-240.

de las cofradías de caballeros. Solo un grupo de personas estaba exento de pago, y se trata de un grupo que señala otra de las facetas de la orden de la que aún no hemos hablado; la de los príncipes extranjeros. Al contrario de la Banda, la Jarretera permite la admisión en la orden no solo de foráneos y no vasallos del reino de Inglaterra, sino así mismo de príncipes y soberanos extranjeros¹⁰⁶. Así como podía ser usado para recompensar lealtades dentro de Inglaterra, el uso diplomático, como método de honrar a los aliados del monarca inglés. El primer rey en ser aceptado como miembro fue Enrique III de Castilla en 1402, cuyo abuelo, Enrique II, fue el primero en ver el potencial diplomático de las órdenes monárquicas. En toda la historia de la orden, solo monarcas de tres reinos nunca fueron investidos en la orden: Francia, Navarra y Escocia, quienes mantenían una actitud de oposición a la monarquía inglesa¹⁰⁷.

En el aspecto de las actividades, la orden es intensamente ritualista. Las obligaciones de compañerismo se limitaban al porte del uniforme (la Jarretera como elemento permanente de la vestimenta y el manto en las celebraciones formales) y la participación obligatoria, salvo excepción del soberano, en las celebraciones y asambleas anuales. El centro de estas actividades era el 23 de abril, día de San Jorge (cuyo culto se posiciona en el centro de la orden) por medio de procesiones y actos públicos.

El honor interno de la orden estaba directamente ligado a la participación en estas actividades, con penas y castigos a los que fallaran. Un aspecto importante son las misas oficiadas en homenaje a miembros fallecidos, como veremos. Las obligaciones para con el resto de los miembros en general están profundamente jerarquizadas dependiendo de los siete rangos reconocidos¹⁰⁸; mientras que las materias relativas al honor, como castigos, protocolo y precedencia, etc. eran profundamente igualitarias¹⁰⁹.

En general, las obligaciones eran bastante simbólicas y ciertamente soportables, con unos privilegios honoríficos (al margen de los espirituales) atractivos aunque modestos¹¹⁰. Además de estos privilegios honoríficos, como exhibir su armorial en la capilla de la orden, los miembros tenían prioridad en la organización por parte de la monarquía de cualquier empresa honorable por cuenta del monarca. De modo semejante,

¹⁰⁶ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 134.

¹⁰⁷ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 134-135.

¹⁰⁸ En concreto, *king of England, foreign king, prince of Wales, duke, earl, baron/ knight banneret, knight bachelor* D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 141.

¹⁰⁹ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 142.

¹¹⁰ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 138.

la única obligación sustancial entre miembros era la de no enfrentarse en conflicto bajo pago. No tenían prohibido, sin embargo, enfrentarse en disputas privadas¹¹¹. Esto resultará inusual, pues otras órdenes posteriores se preocuparán sobremanera de asegurar una armonía interna. Estaba claro que Eduardo III no estaba excesivamente preocupado por las guerras privadas que los miembros de su orden pudieran iniciar entre ellos, teniendo mecanismos externos a la orden para atajarlas.

Quizá la obligación más importante sea el pago de misas. Esto es una necesidad espiritual a lo largo de la Edad Media, y así mismo era una señal de solidaridad dentro de la clase caballeresca. La institución asume las cargas para su celebración, garantizando a sus miembros una cierta paz espiritual al eliminar la ansiedad frente al perdón divino y la muerte. La membresía en la Jarretera exige el encargo de un número muy superior al de una mera cofradía laica o local. El número que cada miembro debe pagar varía entre 100 misas para un *knight bachelor* hasta las 1000 ofrecidas por el monarca. Por ejemplo, Hugh Courtenay, el primer compañero en morir, habría recibido la asombrosa cantidad de 5300 misas en su nombre sin tener que pagar ninguna de su bolsillo. Así pues, la pertenencia a la orden era “una inversión espiritual considerable” en palabras de Boulton¹¹².

La orden, no obstante, no actuaría sola, sino que tendría una serie de “colegios satélites” que en cierto sentido asistirían en sus actividades. Notablemente, el culto a San Jorge contaría con un especie de hospicio para caballeros pobres, los cuales eran colocados en una posición de honor y utilidad. Actuarían en cierto sentido como sustitutos de los compañeros mientras estos estaban ocupándose de sus propios asuntos, garantizando así una compañía caballeresca permanente en Windsor. Estos estarían conformados dentro del colegio de cánones asociado a la capilla de la orden en el castillo, la cual actuaría como institución auxiliar a las actividades religiosas de la misma. La influencia de la Jarretera haría que la práctica de fundar colegios de cánones se convirtiera en algo regular de las órdenes curiales, aunque no es original de aquélla. Esta innovación esta sacada directamente de la orden proyectada por el duque de Normandía, el futuro

¹¹¹ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 139. En caso de trabajo mercenario, el más tardíamente contratado debía renunciar a su contrato en la eventualidad de enfrentarse a otro miembro de la orden.

¹¹² D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 140.

Juan II, en 1344¹¹³, siendo precedente a la fundación formal de la orden y paralela a la reconsagración de la capilla real de Windsor.

Un tercer colegio, el menos atestiguado y el más rápidamente extinto, es el de las Damas de la Jarretera, autentica innovación que solo se repetirá con la orden de la Jarra y la Estola, aunque la única constatación de su existencia es su presencia en efigies funerarias y en libros de cuentas. Lo más probable es que cumplieran un papel análogo a la presencia femenina en los romances caballerescos, y fomentaran la cortesanía entre los miembros de la Jarretera¹¹⁴. Desde la muerte de Isabel, hija de Enrique VII, en 1495 y última investida como dama de la Jarretera, no volverán a investirse mujeres hasta 1901, cuando fue investida por estatuto especial la reina Alexandra, esposa de Eduardo VII¹¹⁵.

Queda clara la solidez institucional de la orden: una corporación de caballeros, rodeada de una serie de instituciones paralelas y establecimientos físicos que ayudan a consolidar y extender su presencia cortesana. Asimismo, contaba con una suficiente seguridad financiera a través de donativos de tierras y beneficios como para poder extender y mantenerse por sí misma, independientemente de la capacidad financiera de la monarquía. Estas características serían esenciales para su perduración, casi completamente inusitada dentro de las órdenes monárquicas¹¹⁶.

El espacio físico es significativo, pues está claro que Eduardo III pretendía convertir el castillo en un nuevo Camelot, empezando con su declaración de restauración de la Tabla Redonda. En la práctica recreó un espacio parecido, colocando las armas, pendones y yelmos de sus miembros en los sitiales del coro, desde los cuales los caballeros celebrarían sus asambleas y oírían la misa de San Jorge. La creación de este espacio físico demarcando iconográficamente la membresía de sus caballeros y ayudó a crear la imagen de “club” de elite que el monarca pretendía imponer¹¹⁷. Sería un recordatorio permanente de sus miembros en vida al que se añade, desde 1421, la colocación de placas conmemorativas del deceso de sus miembros¹¹⁸. La articulación de este espacio físico, un lugar de memoria para los miembros de la orden, la equiparará a un lugar concreto; sus miembros no solo son recordados en las listas de los registros de

¹¹³ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 144.

¹¹⁴ S. TRIGG, *Shame and Honor, A Vulgar History of the Order of the Garter*, cit. p. 216.

¹¹⁵ S. TRIGG, *Shame and Honor, A Vulgar History of the Order of the Garter*, cit. p. 218.

¹¹⁶ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 165-166.

¹¹⁷ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 165.

¹¹⁸ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 146-447.

la orden, sino que cuentan con un monumento permanente a su memoria, enlazando directamente con sus actividades devocionales para los compañeros muertos (las misas de difuntos). La creación de un espacio físico para las órdenes se convertirá, como veremos, en uno de los aspectos esenciales de las posteriores órdenes monárquicas.

La compañía de la Estrella

Si dirigimos nuestra atención a Francia, nos encontramos con la compañía de la Estrella, que tiene un desarrollo paralelo y completamente independiente al de la Jarretera, si bien se transformará como reacción al éxito casi inmediata al éxito de esta.

Las primeras piedras de esta orden parecen haber sido puestas en 1344 por iniciativa del hijo primogénito de Felipe VI de Francia, Juan duque de Normandía. Su padre había ascendido al trono tras la extinción de la rama principal de los Capetos, en una controvertida sucesión que había generado otros dos candidatos, Eduardo III de Inglaterra, como hemos dicho, y Carlos II de Navarra, ambos matrilinealmente. Aunque no entraremos a comentar en profundidad la situación interna de Francia, cabe citar en todo caso que el poder de la monarquía francesa era muy inferior al de la monarquía inglesa o castellana. La nobleza titulada actuaba en gran medida de manera independiente, y la caballería de manera similar a la hidalguía castellana pero diferente de la caballería inglesa, la cual todavía se presentaba como separada del linaje noble pese a que se había atado a aquél hasta convertirse en una categoría hereditaria¹¹⁹.

El proceso de gestación de la orden desvela elementos interesantes e influencias mutuas con la Jarretera. Los primeros datos corresponden a 1344, en seis cartas con privilegios del papa Clemente VI, concedidos a una fundación que el duque de Normandía tenía en mente. La primera de estas cartas es notable por la aprobación de la creación de una Iglesia colegiada, dedicada a todos los santos, pero especialmente a la Virgen y San Jorge. El hecho de que se opte exactamente por la misma advocación que la Jarretera no es extraño, ya que nos encontramos en la cumbre del culto mariano en la Europa cristiana. Sin embargo, no tenemos otras noticias sobre este proyecto más allá de la idea de una

¹¹⁹ D^aA.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 170-172.

“congregación de caballeros” que residiría en la Iglesia, la cual se reuniría los días de la Virgen, el 15 de agosto, y San Jorge, el 23 de abril¹²⁰.

Boulton propone que este proyecto pudo haber sido un intento por parte del príncipe de contrarrestar la propaganda generada por el rey de Inglaterra con su proclamación de la restauración de la tabla redonda, en un momento en el que su posición como heredero al trono todavía estaba en duda. Claramente, este proyecto sigue el formato de una confraternidad devocional. Se sabe, por ejemplo, que el tamaño de la orden sería de alrededor de 200 miembros¹²¹. La exaltación de la caballería se estaba convirtiendo en una forma de propaganda, y la creación de órdenes alrededor de los reyes y príncipes en una necesidad para aumentar su propio prestigio como monarcas, presentándose a sí mismos con un aire heroico de rey-caballero junto con sus paladines. De haberse cumplido el plan original, habría sido una contrapartida directa a la orden artúrica de Eduardo III, aunque con un carácter marcadamente más devocional y confraternal, eliminando muchas de las características fiestas caballerescas como los torneos¹²².

La batalla de Crécy, vital para el desarrollo de la Jarretera, parece haber afectado también el desarrollo de la orden del duque de Normandía, sumada a la llegada de la Peste Negra entre 1348 y 1349. El proyecto quedó consecuentemente paralizado y no será hasta la muerte de Felipe de Francia, y el ascenso de Juan II cuando la orden proyectada finalmente se hizo realidad en 1351.

La orden surgida ese año, bajo el nombre de Caballeros de nuestra Señora de la Noble Casa, difiere sustancialmente de su proyecto inicial, aunque en buena medida su espíritu se mantiene intacto. El cambio más significativo es la eliminación de San Jorge de su patronato. Para este momento dicho santo estaría completamente asociado a la Jarretera, y la intención sería crear una orden completamente diferente de la inglesa.

Boulton describe una carta que el monarca seguramente envió a los candidatos, detallando las ordenanzas y la forma que la orden iba a tomar. Una característica que vemos es una especial devoción a la Virgen, con la Asunción como fecha clave para sus reuniones anuales, aunque aprovecharía la fiesta de la epifanía para su fundación formal.

¹²⁰ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 175.

¹²¹ R. BARBER, *The Knight and chivalry*, cit. p. 346.

¹²² R. BARBER, *The Knight and chivalry*, cit. p. 343.

Se describe además el uniforme, compuesto por un broche y un anillo como las insignias de la orden y un hábito para las celebraciones y capítulos¹²³. Sumado a todo esto, nos encontraremos con la primera señal que esta orden tendría, como la Jarretera, un espacio físico donde establecerse, la susodicha “noble casa” en Sant-Ouen. Paralelamente, se les impondría un único juramento de darle leal consejo al rey.

Modelos Físicos de la Caballería

Como hemos visto, la orden de la Estrella estaría en gran medida conformada de manera paralela a la Jarretera, como una contestación directa a esta. El desarrollo del modelo caballeresco debía ser, por lo tanto, lo suficientemente distinguible de la orden inglesa como para destacar por encima de ella, y lo encontró en la obra y pensamiento de un individuo en concreto, Godofredo de Charny.

Charny, que sería uno de los fundadores de la orden, es el autor de una serie de tratados sobre la caballería, destacando *Demandes por la juste* que, escrito explícitamente para la Estrella, expone una relación directa entre la ideología caballeresca de la orden y el pensamiento del propio caballero. “Charny parece haber sido el modelo del tipo de caballería que Juan [II] estaba intentando promover cuando fundó la compañía de la Estrella”¹²⁴ Es posible incluso que Charny escribiera sus tratados a petición expresa del rey, en previsión de la fundación de su orden de caballería.

Demandes per la Juouste es una serie de 133 preguntas dirigidas explícitamente a los miembros de la orden. El formato, de preguntas sin respuesta, se presta fácilmente a ser el inicio de un debate entre los miembros de la orden en una de sus previstas reuniones anuales¹²⁵. Estas preguntas están relacionadas con el honor y la manera de comportarse en liza, justa y batalla, sugiriendo que Charny y Juan II planeaban una orden que no solo ejerciera la caballería por medio de la exhibición y el cumplimiento de normativas, sino que sentara cátedra y se comportara como un tribunal donde debatir los aspectos más finos del honor de la profesión.

La intención de crear modelos físicos de la caballería se observa en uno de los actos planeados para las asambleas. En ellas, los nueve asientos de honor serían tomados

¹²³ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 196.

¹²⁴ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 186.

¹²⁵ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 186.

por los caballeros más esforzados en la guerra ese año, además de registrar sus gestas en un libro¹²⁶ (elemento imitado en órdenes posteriores). El número no es casual, pues evoca a los Nueve de la Fama, los *Neuf Preux*, que representan a los mejores caballeros de la historia.

El destacar la guerra como método de exaltación indica, como señala Boulton, la poca fe de Juan II en el torneo como entrenamiento para el combate¹²⁷. La exhibición de modelos de caballería enfocados hacia la batalla señala claramente la dirección que Juan II quería que tomara la orden; la de una hermandad de caballeros esforzados en la guerra contra los ingleses, tal vez en expiación por Crécy. Esto es claramente un cambio de intenciones con respecto a las otras órdenes que hemos visto, las cuales no tenían ningún mecanismo de recompensa formal de hechos heroicos, aunque claramente se esperaba la recompensa del monarca y la admiración de sus pares.

Juan II pretende crear una orden de caballería activa, en la que sus miembros se transformen en modelos de caballería no solo por sus actos heroicos en guerra, sino también por su formación. Su particular énfasis en el debate y la discusión hacen de esta orden un caso curioso en la genealogía de la institución. En este sentido, es de señalar como el único juramento que debían tomar era el de dar “buen consejo” al monarca, lo que puede indicar que este pretendía consultarles regularmente sobre elementos de notable importancia¹²⁸. La orden no parece preocuparse por la lealtad explícita de los miembros o el requerimiento del servicio militar, los cuales podían canalizarse por otros caminos, sino que buscaba aglutinar la nobleza en una hermandad y, en cierto, sentido “educarla” hacia una manera de pensar y actuar a través de la cual poder movilizarla hacia la guerra y el servicio al rey. Se trataba de transformar la nobleza en una hermandad alrededor del monarca como una asamblea a través de la cual extraer lealtad y buen consejo y aglutinar a los nobles contra el enemigo inglés, en paralelo al servicio caballeresco clásico de *consilium* y *auxilium*¹²⁹. Así, la orden funcionaría, análogamente a la Tabla Redonda, como una liga fraternal de nobles y caballeros en donde estos pudieran expresarse, debatir entre sí los aspectos de interés planteados por el rey y

¹²⁶ David BESSEN “Wishing Upon a Star: King John, the Order of the Star, and Politics”, *Essays in Medieval Studies*, No.3, pp. 193-206, Illinois Medieval association. P. 198.

¹²⁷ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 200-201.

¹²⁸ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 194.

¹²⁹ D. BESSEN “Wishing Upon a Star: King John, the Order of the Star, and Politics”, *Essays in Medieval Studies*, cit. p. 196.

acercarse a la monarquía a través de sus consejos¹³⁰; una especie de asamblea de consejeros regida por principios caballerescos consensuados a través de las directrices presentadas por Charny.

La orden explicita notables obligaciones fraternales entre sus miembros: ayudarse en batalla tras jurar ser hermanos de armas (práctica común entre los caballeros del momento, que implicaba colaborar en la búsqueda de gloria y botín en combate); jurar no retirarse más de seis acres en batalla, incluso si eso conllevaba la muerte o captura, y la pedir permiso antes de unirse a cualquier otra orden o partir a cualquier viaje. Esto parece indicar que, si bien Juan II se ve incapaz de prohibir a sus súbditos la membresía en otras órdenes, quiere que vean la suya como la primordial. No sabemos exactamente si en este momento las órdenes monárquicas se veían como el mismo tipo de entidad que las cofradías laicas de caballeros o ya estaban desarrolladas como un ente propio, aunque de acuerdo con Boulton, el enunciado está claro: se intenta contrarrestar directamente a la Jarretera¹³¹.

La Noble Casa de Saint-Ouen

Mientras que Windsor fue la elección natural de la Jarretera por su estrecha relación con la corona inglesa en el reinado de los Eduardo, la *Mansion* real de Saint-Ouen solo recientemente había sido adquirida por la corona¹³². Su conveniente localización a medio camino entre París y la abadía real de San Denis (sede de la coronación de los reyes de Francia) hicieron del complejo el lugar casi ideal para ser sede de la orden, aunque ello requería de una construcción ideológica *ex-novo* alrededor del edificio para suplir la necesidad de un lugar de reunión lo suficientemente grande para los caballeros que conformarían la orden. Como en la Jarretera, aquí hay una equiparación directa entre el edificio y la identidad de la orden, aunque parece más acentuada.

Cabe señalar, así mismo, que el espacio de reuniones para la Estrella es un espacio laico, en forma mucho más similar a los salones que albergaban las órdenes artúricas, aunque la orden contaría con su propia capilla dedicada a la Virgen. La eliminación de San Jorge de cualquier posición relacionada con la orden es una señal más de la intención

¹³⁰ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 195-196.

¹³¹ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 195

¹³² D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 197.

explícita de ser vista como una contrapartida francesa a la Jarretera. Por otra parte, la colocación de una serie de bancos con un asiento por cada caballero, con su cimera y sus armas, es una imitación directa del *Franc Palais* del *Perceforest* ya vista en la Jarretera.

La centralidad del palacio está clara en las crónicas y cartas que detallan la fundación de la orden. De acuerdo con la crónica de Le Bel¹³³, la asistencia era obligatoria a todas las fiestas anuales de importancia y el rey se comprometía a mantener allí un hospicio para albergar a los caballeros ancianos en su retiro, similar a los caballeros pobres de Windsor y las prácticas de las cofradías de caballeros.

En todo caso, las crónicas y las evidencias documentales¹³⁴ sugieren que en efecto la orden fue formalmente establecida en la Epifanía de 1352 con una magnífica fiesta en la Noble Casa de Saint-Ouen. La festividad, no obstante, solo fue atendida por un centenar de caballeros, fuera por no estar completa la orden, por falta de interés, o por razones políticas¹³⁵. La ceremonia parece haber sido previa al primer capítulo de la orden, entre el 14 y el 16 de agosto (la Asunción de la Virgen). La esperada reunión nunca se celebró. De acuerdo con la crónica de Le Bel, alrededor de 89 miembros de la orden murieron en la batalla de Mauron, el 14 de agosto de 1352 en vísperas de la Asunción. La presencia del cuerpo de caballeros en Bretaña puede sugerir, de acuerdo con Boulton, un aplazamiento del primer capítulo, aunque está claro que tras la batalla se canceló debido a la pérdida de hombres, según corroboran los registros de la *argenterie* real francesa¹³⁶.

De acuerdo con Le Bel, el desastre fue provocado por el juramento de no retirarse nunca en batalla¹³⁷. La presencia de este juramento no es explícita en la documentación directa disponible sobre el origen de la orden, pero es consecuente con los valores caballerescos destacados en la carta fundacional y la propia experiencia personal del monarca, avergonzado por la humillante retirada de su padre en Crécy y su negativa a retirarse en Poitiers, lo que conllevó su captura.

El proyecto, no obstante, continuó. Una carta de octubre de 1352 desarrolla la intención del monarca de continuar con la fundación, enmarcándola dentro de un plan de

¹³³ Jean LE BEL, *The True Chronicles*, trad. BRYANT, Nigel, The Boydell Press, Woodbridge, 2011, p. 217.

¹³⁴ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 179-181.

¹³⁵ D. BESSEN "Wishing Upon a Star: King John, the Order of the Star, and Politics", *Essays in Medieval Studies*, cit. pp. 198-199.

¹³⁶ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 182-183.

¹³⁷ J. LE BEL, *The True Chronicles*, cit. p. 217.

reformas del reino¹³⁸ y manteniendo la retórica usual de la “restauración de la caballería”. Así, procedería a la creación de un colegio de cánones y capellanes para servir a la orden, aunque las consecuentes donaciones de tierras fueron a la “noble casa de Saint-Ouen” y no al colegio, señal del objetivo del monarca. La procedencia de las tierras se correspondía con las confiscaciones por crímenes de traición, las cuales tenían una significación política notable dada la frecuente oposición del conjunto de la nobleza a la absorción de esas tierras por la corona. El traspaso de ellas a una institución monárquica, aunque jurídicamente separada de la corona como la Noble Casa sería una herramienta para aumentar la riqueza de la casa real, aunque esta terminó viendo la entrega de tierras a partidarios y clientes como una herramienta más eficaz a corto plazo¹³⁹.

La derrota francesa en Poitiers, con la muerte de Charny y la captura del rey, enterró en la práctica el proyecto y sus sucesores mostraron poco interés en revivirla, enfocándose en sus propias órdenes de caballería. La orden, a pesar de la brillantez y esplendor prometido, nacería efectivamente muerta por las vicisitudes de la guerra y languidecería en la mente de su fundador hasta su fallecimiento en 1360, cautivo de los ingleses.

La orden de la Estrella, aun así, perduraría en espíritu. La noticia de su fundación tuvo el suficiente eco como para generar imitadores por toda Europa y, sumado al prestigio que ya habían adquirido ordenes como la Banda y la Jarretera, impulsaría la fundación de órdenes de caballería por todo el continente durante el siglo subsiguiente. La mayoría languidecerían en lo que se ha venido a llamar “pseudo-órdenes”, más cercanas a emblemas o insignias (como ocurrió con la Banda), presa de la simplificación debida a los costes y la carga que conllevaban el ceremonial y su estructura asociada. Aun así, en el caso de Nápoles nos encontraremos con dos órdenes que mostrarán todavía un trabajo ideológico bastante elaborado.

¹³⁸ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 185.

¹³⁹ D. BESSEN “Wishing Upon a Star: King John, the Order of the Star, and Politics”, *Essays in Medieval Studies*, cit. p. 202.

Las órdenes napolitanas

La orden del Nudo

El sur de Italia había vivido un largo periodo de inestabilidad con la llegada de los angevinos al poder y la pérdida de la isla de Sicilia a manos de los aragoneses, tras lo cual se establecieron con Carlos I en el continente fundando el reino de Nápoles. Sus sucesores, Carlos II (abuelo de Carlos Roberto de Hungría, el ya citado fundador de la Fraternal Sociedad de San Jorge de Hungría) y Roberto I, estabilizaron el reino. Tras la muerte de este y el ascenso de su nieta, Juana I, el reino se dividió en facciones bajo el liderazgo de las distintas ramas de la numerosa prole de Carlos II. Tras el asesinato del primer marido de la reina, Andrés de Hungría, el reino fue asediado por las invasiones de su pariente Luis el grande de Hungría, hasta que en 1352 se firmó finalmente la paz por mediación del papa. El segundo marido de Juana I fue Luis de Tarento, aunque el canciller del reino Niccola Aciaiuoli sería la verdadera fuerza tras él¹⁴⁰. Luis, que se apropió del poder apartando a su mujer y siendo coronado rey, fundaría la orden del Nudo durante su coronación en 1352. La orden contaba con importantes innovaciones dirigidas a restaurar la gloria y el honor del reino de Nápoles tras la inestabilidad de los últimos años¹⁴¹. La orden en sí tuvo una vida activa durante el gobierno de Luis de Tarento, aunque siempre bajo el control de Aciaiuoli.

La orden se caracteriza por una fuerte centralidad del monarca: no hay obligaciones confraternales entre sus miembros, sino únicamente para con el rey. Estas obligaciones son muy similares a las de la Estrella, incluyendo el “leal consejo” y significativamente, un requerimiento de ayuda militar al príncipe en lo que, esencialmente, se considera un contrato de servicio¹⁴². La intención clara de la orden es la de crear un grupo de caballeros leales al rey, al estilo de una mesnada, aunque con significativas obligaciones cortesanas. Hay por lo tanto un contrato bidireccional entre compañero y rey, lo que cambia sustancialmente su espíritu en comparación con las órdenes anteriores, pues será más individualista y menos colectiva, alineándose con el fuerte ideal aventurero y honorífico que pretende establecer como valor caballeresco. En

¹⁴⁰ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 215.

¹⁴¹ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 239.

¹⁴² D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 230.

particular, es destacable su sistema de honores, recompensas y castigos, los cuales en cierto sentido son la imitación más cercana de la mesa redonda.

La orden contaba con una mesa de honor, la Mesa del Justo Deseo, la cual se alcanzaba con un complicado sistema de empresas caballerescas. El justo deseo del nombre de la orden sería en sí el objetivo final para sus miembros, la consecución del ideal caballeresco, representado en la mesa de honor y la coronación con una corona de hojas a imitación del triunfo romano¹⁴³. Sentarse aquí significaba que el caballero había cumplido el propósito principal para el que había sido investido, y se presentaba ante sus pares como triunfador en el viaje caballeresco.

El emblema central de la orden a través del cual se identificaba el final de la empresa era el del nudo, del cual prendería el lema *si dieux plaist*, y que debía ser llevado a todas horas por el caballero. El atado y desatado del nudo conformaban el centro de este sistema de búsqueda de gloria en la guerra, si bien no en las justas, el cual culminaba con el desatado del nudo y un peregrinaje al Santo Sepulcro. Tras este, se le daba una variación del mismo nudo, ahora con el lema *Il a pleeu a Dieu*¹⁴⁴. Mucho más que en otras órdenes, este sistema hará de la consecución de la misión caballerisca un aspecto central.

Indirectamente, este elemento conforma un paralelo con la leyenda artúrica y, en particular, con la búsqueda del santo grial¹⁴⁵ (aquí sustituido por el Santo Sepulcro). Los viajes y peregrinaciones de los compañeros serían leídos en memoriales que debían enviar al monarca, los cuales adquirirán un tono de romance de caballerías según los testimonios de contemporáneos como Bocaccio, el cual se burla de sus contenidos¹⁴⁶. No obstante, la decisión final de qué “aventuras” se recordarían e incluirían en el libro sería del monarca. Esto, en gran medida, elimina el aspecto igualitario de la orden. Incluso con la presencia del sistema de honores de la “mesa de honor”, el monarca tiene la potestad de elegir qué aventuras se podrán recordar y, con ellas, el caballero que las protagonizó.

En general, las órdenes mantienen un cuidadoso equilibrio de igualdad entre los miembros por medio de mecanismos de solidaridad interna. Al añadir una pieza más en la competencia por el honor y reconocimiento dentro de la institución, además de eliminar los mecanismos de solidaridad, la orden establecería una especie de competencia por ese

¹⁴³ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p.235.

¹⁴⁴ Se sabe de al menos un caballero que alcanzó ese objetivo, Coluccio Bozzuto.

¹⁴⁵ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 223.

¹⁴⁶ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 235.

“justo deseo” centrada en torno al favor del monarca y la adquisición de honor individual por medio de la caballería.

El tono artúrico se extendería incluso a su sede, el *Castel Dell’ Ovo* en Nápoles, donde a imitación de la Jarretera y la Estrella se ubicarían una capilla como sede de la orden y un hospicio para caballeros empobrecidos. Significativamente, el castillo también albergaría sus tumbas en una especie de panteón de la caballería donde sus espadas serían guardadas, y se registraría en sus monumentos funerarios si habían desatado el nudo o no. La localización del proyectado memorial, no en la capilla sino “detrás del lugar del encantamiento del peligro maravilloso”, no hace sino aumentar el tono mágico del proyecto¹⁴⁷.

El ideal de cruzada está, así mismo, plenamente presente, estando obligados a acudir a cualquiera que se declarara. Esto no solo era por interés espiritual. El título de rey de Jerusalén, adquirido por la familia angevina en 1277, les hizo prestar especial atención a los asuntos del Mediterráneo oriental, y así Nápoles adquiriría importantes territorios en esa región, frecuentemente en competición con Aragón¹⁴⁸. No sería extraño que la organización de una cruzada a Tierra Santa estuviera entre los objetivos a largo plazo de Acciaiuoli para su señor¹⁴⁹.

El especial foco del Nudo en el viaje y en la aventura la hacen de las más “artúricas” de las órdenes monárquicas. También es de las más centradas en la monarquía, ya que todos sus mecanismos caballerescos están enfocados y centrados en el rey; a través de este sus miembros alcanzan la gloria caballeresca mediante la consecución de los objetivos políticos de la monarquía o de la aprobación real a través de las aventuras caballerescas, las cuales tendrían un papel diplomático importante.

La orden no sobrevivió a Luis de Tarento. Su muerte devolvió el poder a su mujer, que no tendría ningún interés en continuar con el proyecto debido al carácter tan centrado en la figura del rey Luis que había adquirido. Así, simplemente desapareció. No obstante, el proyecto de crear una orden de caballería para el reino napolitano sería retomado por el sucesor y usurpador de la reina Juana, Carlos III, quien visionaría la más ambiciosa de las órdenes de caballería monárquicas.

¹⁴⁷ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 233.

¹⁴⁸ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 212.

¹⁴⁹ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 232.

La Orden del Barco

La orden del Barco representa tal vez la cumbre de la tendencia clientelar de las órdenes monárquicas. Fundada en 1381, representa en palabras de Boulton, “la primera de las órdenes monárquicas de la segunda generación”¹⁵⁰, y ciertamente es la más ambiciosa, aunque como tantas otras, fracasaría sin llegar a sobrevivir a su fundador.

Tras el ferviente desarrollo entre 1330 y 1350, nos encontramos con un periodo en el que las fundaciones de órdenes se hacen más escasas y las ya fundadas adquieren una significación más sencilla y menos ambiciosa. La empresa de San Jorge de Aragón, por ejemplo, no pasaba de ser la apelación a través de la cual se identificaba a la Mesnada del rey de Aragón, dada como recompensa a servicios ya ofrecidos (en palabras de su fundador, Pedro IV)¹⁵¹. De manera semejante, la orden del Collar fundada por Amadeo VI de Saboya en la década del 1360 equivalía a una hermandad alrededor del conde, conformada por sus doce caballeros más próximos con el objetivo de marchar a la cruzada contra los turcos en Grecia¹⁵².

El fundador de la orden del Barco, Carlos III, había crecido a medio camino entre Francia, Nápoles, y Hungría, reinos que esperaba, en algún momento, heredar. Eso lo sitúa en el punto intermedio de las tradiciones caballerescas venidas de Francia, las adoptadas desde ese país en Hungría, y las puestas en práctica por los angevinos. De particular importancia sería la compañía fraternal de San Jorge, la cual, más cofradía y hermandad que auténtica orden monárquica, ciertamente cumplía la función de tal institución en el reino húngaro y sería una influencia en el Barco.

Como hemos citado, sin que los otros dos gobernantes de la casa de Anjou (Juana de Nápoles y Luis de Hungría) tuvieran herederos, Carlos III estaba posicionado dinásticamente para heredar la práctica totalidad del imperio angevino. Contempló, no obstante, como a lo largo de su adolescencia ambos reinos se le escapaban. Nápoles en particular por el antagonismo hacia él de la reina Juana, la cual adoptó a un miembro de los Capetos directos, Luis de Anjou, como heredero. El estallido del cisma papal de 1378 le dio una oportunidad para ascender al trono, tras la negativa de la reina de reconocer

¹⁵⁰ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 289.

¹⁵¹ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 287-288.

¹⁵² La orden es notable por su longevidad. Actualmente sigue en funcionamiento, tras haber sido en 1518 reorganizada a imitación del Toisón de Oro, como la orden dinástica asociada a la casa de Saboya, antigua casa real italiana, lo que la convierte en la segunda, tras la Jarretera, de las órdenes monárquicas más antiguas aún en existencia. D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 253-256.

como pontífice al Obispo de Bari, Bartolomeo Prignano (Urbano VI). La reina fue excomulgada, y con la ayuda de Luis de Hungría (hermano del primer marido de Juana I) el papa inició una guerra por el trono napolitano¹⁵³, colocando en el trono a Carlos III.

Imitando a Luis de Tarento, este anunció la creación de su propia orden de caballería, la del Barco, el 1 de diciembre de 1381 durante las festividades de su coronación. La orden misma tendrá una vida todavía más corta que la de su predecesora. El rey tuvo un reinado turbulento que no terminó de consolidarse hasta 1385. Tras enemistarse con su antiguo aliado Urbano VI, este declaró una cruzada en su contra, si bien Carlos III saldría victorioso. El triunfo le dio un respiro para organizar inmediatamente una campaña para reclamar su herencia húngara tras la muerte sin herederos varones de Luis I. En esta campaña, acabaría asesinado en la ciudad húngara de Visegrado por partidarios de la reina madre Isabel.

El rey proyectó una orden de enorme ambición, superando en autoritarismo incluso a su predecesora, la orden del Nudo. Carlos III anunció y creó estos estatutos en 1381, seguramente con la intención de ponerlos en práctica lo antes posible, cuando su posición en el trono estuviera libre de injerencias extranjeras, pues no encontramos más noticias relativas a ella en el resto de su reinado.

La ambición de la orden queda expresada en sus ordenanzas. Con la realmente asombrosa cantidad de 383 (frente a las 72 ordenanzas del Nudo, o las 66 de san Jorge de Hungría, sus dos inspiraciones directas)¹⁵⁴, la orden del Barco rompe con sus predecesoras con un código enormemente novedoso. Dedicó la orden a la Santísima Trinidad, colocando la festividad en el primer domingo tras Pentecostés (domingo de Trinidad) y dedicándole la capilla de la orden. Por lo demás, la Trinidad no tendría más presencia en la organización de la orden, salvo en ciertos elementos metafóricos durante el prólogo de las ordenanzas.

Las ordenanzas dejan claro el significado del Barco, representado por la metáfora de un “barco sin velas, sin mástiles, sin banderas, sin anclas [...]”¹⁵⁵. El barco sin instrumentos sería la insignia de la orden, como metáfora de la caballería, Iglesia y el

¹⁵³ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 291.

¹⁵⁴ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 295, véase así mismo el estudio de las ordenanzas por parte del mismo autor: BOULTON, D’Arcy Jonathan Dacre, “The Middle French Statutes of the Monarchical order of the Ship”, *Mediaeval Studies*, 47, 1985, pp. 168-271.

¹⁵⁵ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 296.

reino, siendo “reparado” en sucesivas misiones caballerescas. El mensaje sigue en la línea que hemos visto anteriormente: la restauración de la caballería eternamente decadente. El mismo estatuto afirma que representa múltiples objetos; el arca de Noé, los navíos de los griegos y romanos, el navío virginal de Santa María y la Iglesia católica, etc. La metáfora del barco sin utensilios de navegación sería esencial en el sistema de honores de la orden, y será un elemento claramente inspirado por el Nudo, el cual se extenderá a otras órdenes seculares como la del Dragón de Foix¹⁵⁶.

En el caso del Barco nos encontramos con un complicado sistema de honores, donde los instrumentos de navegación del barco eran añadidos usando paralelamente un código de colores para significar el tamaño de la proeza. El sistema, de hecho, es una excelente representación de la valoración de las heroicidades en la segunda mitad del siglo XIV y el peso otorgado a distintos factores. Por ejemplo, para añadir el primer y segundo timón, el caballero debía hacer frente (una vez por cada timón) a un ejército de al menos 2000 sarracenos, teniendo ellos como mínimo 500 soldados menos en cada ocasión. El tercero sería añadido con la conquista de Jerusalén. Para añadir el ancla era necesario haber participado en el asedio de una posición enemiga, variando el color del ancla dependiendo de la posición en la que entrara (primero, segundo, etc.). Así mismo, la posición del ancla dependería de si la fortificación era “sarracena” o cristiana. El sistema continuaría con diversas gestas hasta completar todas las partes del barco¹⁵⁷.

El concepto es ciertamente un desarrollo del ya elaborado sistema de emblemas e insignias caballerescas, con sus mecanismos para clasificar y denotar la dignidad y honor del caballero y dilucidar si este es digno de ostentar la insignia. Por lo demás, el emblema seguiría el patrón imperante: debería ser llevado a todas partes y serviría para anunciar y exhibir la orden ante el mundo¹⁵⁸. En efecto, el uso de insignias se extiende por toda Europa a lo largo del siglo XIV, hasta el punto de ser usadas como una especie de medallero de aventuras caballerescas. La Orden Teutónica, por ejemplo, que dependía en gran medida de peregrinos y cruzados para el reclutamiento y financiación, desarrolló un extenso sistema de honores centrado en una mesa de honor y la entrega de divisas para

¹⁵⁶ Orden votiva fundada por el conde de Foix en el siglos XV, caracterizada por sus sistema de recompensas, en donde se incrustan distintos tipos de piedras preciosas en huecos de la insignia de la orden dependiendo de la proeza lograda. Aparentemente en esta empresa caballerescas participaban tanto hombres como mujeres. Véase P. L. LEWIS, “Une devise de chevalerie inconnue, crée par un comte de Foix? Le dragon” *Annales du Midi*, Tomo 76, N° 66, 1964, pp. 77-84.

¹⁵⁷ D^aA.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 321.

¹⁵⁸ D^aA.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 298.

los caballeros visitantes más aguerridos y que mejor hubieran demostrado su proeza contra los paganos bálticos¹⁵⁹. En conjunto, la innovación del Nudo y el Barco al graduar la calidad de esas empresas será en órdenes dinásticas posteriores como herramienta diplomática, aunque este enfoque tendrá ya su peso en el Barco.

Las ordenanzas, por ejemplo, hacen una excepción al teórico veto de los miembros (que pueden bloquear la entrada a cualquiera con el que no quieran asociarse) en el caso de “príncipes y señores”¹⁶⁰. Claramente no esperaban grandes demostraciones de lealtad por parte de estos príncipes, pero eran conscientes de que a pesar de la teórica igualdad jurídica entre los miembros de la orden (salvando los crecientes elementos dirigidos a significar la *prouesse*) había una desigualdad intrínseca entre aquéllos y los miembros nativos, pues los primeros representaban potenciales aliados para futuras empresas, mientras que los últimos eran más propensos a caer en las influencias clientelares que extendía la orden. Esto permitía el uso doble de la institución como mecanismo de control y herramienta diplomática.

Significativamente, la admisión en la orden se podía hacer en ausencia, con el príncipe enviando la insignia al candidato con el consentimiento de un tercio de los caballeros presentes en asamblea. Además, cabría la posibilidad de delegar la invitación de entrada en la orden en cualquier otro soberano ya investido, el cual podría invertir en ella a un número de caballeros especificado por el príncipe¹⁶¹. Esta especie de “franquicia” apunta a la posibilidad de crear una suerte de “sucursales” de la orden en territorios de príncipes aliados, todos enlazados por juramentos de lealtad y alianza. Es inconcebible pensar que Carlos III hubiera incluido estos estatutos si no pensara en extender su orden más allá de Sicilia, al menos como herramienta de reclutamiento. No obstante, de acuerdo con Boulton, la aceptación de entrada en la orden más allá de Nápoles sería extremadamente improbable, asegurándose así el reclutamiento de caballeros y señores cuyas lealtades estuvieran ya lo suficientemente aseguradas como para integrarse en una sociedad tan exigente con su membresía¹⁶². En este sentido, esta “franquiciación” de la orden serviría para facilitar el reclutamiento de miembros más allá de su área de influencia.

¹⁵⁹ M. KEEN *La caballería* cit., p. 240.

¹⁶⁰ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 300.

¹⁶¹ D’A.J.D. BOULTON “The Middle French Statutes of the Monarchical order of the Ship” cit. p. 213.

¹⁶² D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 302.

La orden, de hecho, está claramente diseñada para establecer unos fuertes lazos clientelares con el príncipe y la corona. Al contrario del Nudo, las ceremonias y las exigencias de instauración de lazos fraternales entre miembros eran omnipresentes, e incluso todavía más exigentes y elaboradas que en órdenes anteriores. En particular, en la ceremonia de ingreso, el caballero preparado para ser iniciado debe perdonar toda disputa existente con cualquier miembro presente¹⁶³. Esto es esencial, pues nos encontramos con algo que va más allá de los juramentos de asistencia militar o ayuda espiritual, teniendo real importancia dados los valores nobiliarios de la época. Si bien los poderes de arbitraje del maestro de la orden están presentes en instituciones anteriores, el hecho de tener que perdonar disputas (frente a jurar fraternidad) en una ceremonia pública le da un poder y significación inusual. No solo eso, sino que los miembros debían jurarse fraternidad mutua en paralelo al nuevo postulante, finalizando con el beso mutuo de todos los caballeros miembros tras un largo día de continuos juramentos, celebraciones y misas. Así mismo, la insistencia a lo largo de las ceremonias en el juramento de los estatutos (los cuales debían ser leídos en voz alta y jurados dos veces), indican la seriedad con la que Carlos III planeaba tomárselos. En palabras de Boulton “el rito de admisión no podría haber sido más emotivo, como si el postulante hubiera entrado en una orden religiosa”¹⁶⁴.

Sólo la fraternidad de San Jorge, en la que se inspiró, tenía unos estatutos tan significativos respecto a la fraternidad entre miembros. Los caballeros del Barco debían ayudarse en sus “aventuras”, en la enfermedad, prisión, pobreza, etc. Estaban obligados a una asistencia mutua contra sus enemigos, exceptuando el soberano propio, la Iglesia, y el rey de Hungría Luis I, todavía protector de Carlos III en el trono. Se ataban a revelar traiciones y agravios tanto hacia príncipe y al reino como hacia otros miembros de la orden, y se comprometían a ocultar las humillaciones los unos de los otros, además de ayudarse mutuamente en la pacificación de querrelas entre miembros, actuando como árbitros en disputas internas, (aunque siempre podían acudir al príncipe para dirimirlas)¹⁶⁵. En conjunto, las obligaciones fraternales van más allá que cualquier otra orden anterior o posterior, y tienen más relación con las cofradías de caballeros, las órdenes monásticas y los pactos de hermanamiento que con el resto de las órdenes de caballería¹⁶⁶.

¹⁶³ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 301.

¹⁶⁴ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 301.

¹⁶⁵ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 309.

¹⁶⁶ D’A.J.D. BOULTON “The Middle French Statutes...” cit. p. 214.

Además de los compromisos fraternales, los juramentos incluían menciones a la lealtad al príncipe, la ruptura de potenciales conflictos de interés para su membresía y la defensa de los dominios del monarca, incluida la recuperación de los patrimonios perdidos por la familia, especialmente Jerusalén. Así mismo, el príncipe se ataba a sí mismo a la protección activa de sus miembros (algo inusual en las órdenes previamente vistas). Se comprometía, por ejemplo, a “procurar el honor y tierras de los compañeros¹⁶⁷”, revelar traiciones cometidas no solo en el seno de la orden, sino también a cualquier vasallo del rey, y mediar y dirimir disputas, a menudo bajo pena de expulsión en caso de que dos miembros se negaran a detener sus conflictos, incluso aquellos usualmente presentados ante la justicia ordinaria¹⁶⁸. Entre los miembros de la orden, el rey y su consejo se convertían en la última instancia de justicia.

La reunión anual, la gran corte, daba así mismo gran importancia a la imposición de honores y castigos, en lo que era esencialmente una exhibición pública del honor individual de cada caballero¹⁶⁹. La orden tomará los libros de honores de la Estrella y el Nudo, y los consolidará en dos volúmenes, cada uno con un significado marcadamente diferente.

En la corte general de domingo de Trinidad los caballeros debían narrar sus aventuras, las cuales eran incluidas en el *Livre et romance des Preux*. Entre ellas, tras una cuidadosa investigación, se dirimirían las más auténticas, siendo incluidas estas en el *Romans de la Nef*. En general, se trata de un auténtico refinamiento del sistema iniciado por el Nudo, apelando al romance caballeresco para el ejercicio del valor a lo largo de las cortes europeas. La introducción de los dos libros es claramente un intento de resistir las críticas a la falsedad percibida en el libro de la orden del Nudo, dando un paso en la búsqueda de la veracidad y la creación de un auténtico romance caballeresco de imitación artúrica, sancionado por la credibilidad del sistema de honores de la orden¹⁷⁰.

La corte general se celebraría principalmente alrededor del domingo de Trinidad, comenzando las festividades en Pentecostés, y finalizándolas el domingo posterior a la fiesta de la Trinidad, sumando en total dos semanas¹⁷¹, aunque con otras tres reuniones

¹⁶⁷ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 307.

¹⁶⁸ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 313 y D’A.J.D. BOULTON “The Middle French Statutes of the Monarchical order of the Ship” cit. pp. 214-215.

¹⁶⁹ D’A.J.D. BOULTON “The Middle French Statutes...” cit. p. 215.

¹⁷⁰ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 314.

¹⁷¹ D’A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 312.

menores en Pascua, Navidad y Todos los Santos. Las frecuentes ceremonias religiosas de asistencia casi obligatoria se conforman en recordatorios constantes de membresía.

La corte general era una gran exhibición de la caballería, con festividades y solemnidades, pero sobre todo era donde se dispensarían los castigos, a los cuales Carlos III presta más atención que en órdenes anteriores¹⁷². Los miembros, aunque unidos los unos a los otros, tenían la obligación de exponer las rupturas de los estatutos en cualquier momento, aunque bajo penas severas de privación de la orden en el caso de falsas acusaciones. La privación de la fraternidad que se había generado, la humillación en público y la anulación de la protección del monarca eran mecanismos suficientes dentro de una estructura tan sólidamente fraternal y proteccionista como para evitar las rupturas de los estatutos. Así mismo, los castigos más humillantes corresponden a las infracciones en combate. Aquí no solo se materializa la ruptura de los compromisos fraternales adquiridos mediante la pertenencia a la orden, sino también los comportamientos contrarios a lo que se entendía como los valores caballerescos principales: los bélicos. La desertión de un bando enemigo para los miembros de la compañía del Barco estaba no solo recomendada, sino que era obligatoria cuando el honor se lo permitía, pero no la desertión de la compañía por cobardía o traición. Esto implicaba una ceremonia de humillación pública, siempre que fuera posible, con el infractor siendo expulsado de la orden, y obligado a comer de un cuenco como un perro en la corte general¹⁷³.

Por otra parte, de los miembros se esperaba una participación militar conjunta, similar a la orden de la Banda, combatiendo como una misma compañía bajo su propio estandarte¹⁷⁴. Así como se esperaba su participación individual, Boulton afirma que se esperaría también la aportación de sus propias tropas como parte de la misma compañía, conformando unidades de combate propias; así, conformarían un ejército personal del monarca ligado bajo lazos de lealtad al margen de las obligaciones feudales, como en la Banda. Esto será posible dado que los hombres de las mesnadas de los compañeros de la orden y los caballeros investidos por estos quedarán también obligados hacia el Barco¹⁷⁵, extendiendo virtualmente su autoridad hacia abajo en la pirámide feudal¹⁷⁶. De estos se esperaba que actuaran como parte de la orden en guerra, acompañando al rey o a los

¹⁷² D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 313.

¹⁷³ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 319.

¹⁷⁴ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., pp. 319-320.

¹⁷⁵ D'A.J.D. BOULTON "The Middle French Statutes..." cit. p. 214.

¹⁷⁶ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 319.

compañeros y cumpliendo los lazos de lealtad derivados de la investidura caballeresca. Esto tenía el potencial de crear en última instancia una red de lealtades clientelares, con el monarca en el centro del entramado como fuente última de lealtad. Mientras que la Estrella dirigió su mirada a la guerra con Inglaterra, el Barco miraría a la recuperación del imperio que Carlos III reclamaba por herencia propia, un auténtico imperio mediterráneo que incluiría Nápoles, Constantinopla y Jerusalén.

Sin duda las obligaciones temporales entre miembros, como los compromisos espirituales heredados de las cofradías, eran alicientes para caballeros sin mayores recursos para unirse y ligarse a tan exigentes compromisos de fraternidad. El objetivo está claro: crear una auténtica comunidad fraternal de caballeros leales, incuestionablemente fieles al príncipe (el cual, de hecho, no debía ser necesariamente el monarca de Nápoles). El príncipe se reservaba el derecho de nominar a su sucesor, claramente como mecanismo para evitar que la competencia dinástica se apropiara de la orden en caso de que esta se convirtiera en una institución significativa en el reino. En caso de muerte sin herederos designados, los compañeros de la orden tenían la obligación de elegir, mediante votación, a un sucesor, ya sea entre sus hijos o sus herederos legítimos. Aunque eso podría considerarse un compromiso para crear una falsa ilusión de poder de decisión dentro de la orden, es perfectamente posible que fuera una provisión para ligar la orden al linaje más que al reino, en vista de la extrema inestabilidad del trono napolitano, amenazado por múltiples reclamantes. En caso de que la dinastía cayera, el Barco debía convertirse en una fuerza política por derecho propio, defensora de sus derechos dinásticos o al menos sus valores e ideología¹⁷⁷.

En efecto, vemos el intento de Carlos III de establecer una organización política a través de la cual crear un cuadro de caballeros leales a la corona. Es una institución donde se puede destacar la pertenencia voluntaria a una orden como generadora de lealtades personales grupales frente a los contratos requeridos en los lazos feudo-vasalláticos.

El plan de la orden parece ir en la dirección del reemplazo de estos lazos (ya de por sí poco fiables en vista de la turbulenta situación del reino) en favor de unos ligados a una hermandad derivada de una clientela política y militar basada en la caballería, y en la forja de una conciencia grupal canalizada en la lealtad y dependencia hacia el monarca a cambio de la fama y gloria requerida por el *ethos* caballeresco. La caballería sería

¹⁷⁷ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p.299.

enfocada a la lealtad al rey y a la dinastía sobre la base de los valores caballerescos de la búsqueda de la heroicidad en la aventura, el aumento de la proeza individual y la recompensa del honor social, sin olvidar la lealtad mutua como objetivo político¹⁷⁸.

¹⁷⁸ D'A.J.D. BOULTON "The Middle French Statutes..." cit. p. 217.

Conclusiones

Entrando ya en el siglo XV solo una de las órdenes monárquicas, la Jarretera, permanecía viva¹⁷⁹. La práctica fue cayendo en desuso a medida que avanzaban las décadas, y muchas fundaciones quedaron reducidas a meras insignias conferidas por las monarquías, en vista de la dificultad del mantenimiento de los estatutos y un entramado institucional. Incluso la Jarretera perduró por la relativa sencillez de sus estatutos y la facilidad para su gestión, requiriendo únicamente una ceremonia cortesana al año con relativamente pocas costes impuestos sobre sus miembros, además de tener una fuente de ingresos relativamente constante al margen de las cargas de la corona¹⁸⁰. Un elemento que ciertamente denotaron los monarcas es la utilidad de estas órdenes como herramienta diplomática, no necesaria y únicamente entre miembros de casas y cortes reales, sino también entre caballeros extranjeros que acudían a estas en empresas caballerescas¹⁸¹.

Tomando como ejemplo una orden ya vista, uno de los miembros fundadores de la orden del Nudo sería Bernabó Visconti, señor de Milán. La presencia de un soberano extranjero en una orden tan centrada en monárquica como esta suscita preguntas sobre la relación entre ambos gobernantes, pero ciertamente es un signo del creciente uso diplomático de estas órdenes, alejadas de su propósito local¹⁸².

Entre otros ejemplos encontramos el collar de la orden de la Escama, fundada durante la decadencia de la Banda, que fue entregado al conde de Cilli en el Sacro Imperio durante su peregrinaje a Tierra Santa, así como a Heinpert de Mallse y a varios de sus acompañantes tras justar con el conde de Mayorga; en 1437 Diego de Valera, durante las guerras husitas, recibió del rey Segismundo sus tres collares de las órdenes del Dragón, el Tusquinque y las Disciplinas, por sus tres dominios de Hungría, Bohemia y Austria¹⁸³; los reyes de Chipre otorgarían libremente el emblema de su propia orden de caballería, la de la Espada, aunque especificando una diferencia entre los miembros de pleno derecho y aquellos que solo la recibían por honor¹⁸⁴. Así, las órdenes monárquicas rápidamente se habían reducido a ser una parte más del complejo sistema diplomático de la Europa

¹⁷⁹ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 325.

¹⁸⁰ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 357.

¹⁸¹ M. DE RIQUER, *Caballeros andantes españoles*, cit. 123-175, A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, "El emblema de la banda...", cit. p. 56.

¹⁸² D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 228.

¹⁸³ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 345.

¹⁸⁴ M. KEEN *La caballería* cit., p. 252.

medieval, o a una serie de honores y recompensas recibidas por participar en empresas caballerescas.

En general, los monarcas comenzaron a prescindir de los estatutos de los que dependían las órdenes monárquicas para establecer simplemente emblemas que les permitieran recompensar a sus vasallos y otorgarlas a caballeros aventureros. Servirían como medio para aumentar su propio prestigio internacional a través de la promoción de la caballería. Estos emblemas, como la Banda, serían órdenes monárquicas en cierto sentido disminuidas, que permitían heredar el prestigio de estas instituciones sin los costes asociados¹⁸⁵.

En este momento, la ambición de las órdenes monárquicas de crear auténticas instituciones caballerescas alrededor de los reyes, con un regimiento y rituales a través de los cuales cumplir sus variados objetivos (principalmente, el de crear un nuevo culto caballeresco centrado en el monarca) había fracasado. Por distintas razones, casi ninguna de ellas sobrevivió a la muerte de su fundador, y todas entraron en decadencia una vez que las lealtades cambiaban con motivo de la sucesión regia. Por lo general, muchas de estas órdenes quedaron demasiado atadas a la persona de su fundador como para que sus sucesores vieran la utilidad de mantenerlas tras su muerte. Estas órdenes, más que dinásticas, eran compañías personales del monarca (como evidencia la frecuente fundación de nuevas congregaciones tras el fallecimiento de uno de los fundadores o simplemente su disolución sin tener continuidad). De todas, solo la Jarretera adquiriría el suficiente prestigio y estabilidad institucional como para mantener una continuidad dinástica dentro de los Plantagenet y sus sucesoras, las casas de Lancaster y York, o incluso más allá, con la ruptura dinástica y la llegada de los Tudor en el siglo XV.

En general, los marcados cambios y transformaciones militares habían hecho de la caballería un recurso cada vez más ineficaz, especialmente tras humillantes derrotas contra tropas de infantería, las cuales comenzaban a estar mejor entrenadas y mejor preparadas contra la caballería. Sumado a esto, vemos los continuos ataques por parte de los grandes moralistas, que les echaban en cara las hipocresías de su comportamiento, violento y poco ajustado a las actitudes que pretendían encarnar en las cortes reales. Las monarquías apelaron a nuevos lazos clientelares, aprendidos en parte de las órdenes monárquicas, para ganarse a su alrededor a un cuadro de leales y afianzar así el creciente

¹⁸⁵ D^aA.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 357.

centralismo monárquico. En Francia, en particular, el cercano fin de la guerra de los Cien Años llevó consigo el afianzamiento de la autoridad real y la absorción de numerosos feudos y principados territoriales que habían actuado casi con independencia del poder real.

La fundación de la orden del Toisón de Oro sería el evento que resucitaría el concepto de la orden monárquica. En cierto sentido derivada de la Jarretera, el Toisón de Oro terminaría adquiriendo suficiente prestigio como para perpetuarse, además de consolidar definitivamente el sistema de órdenes de caballería y pseudo-órdenes desde el siglo XVI en adelante.

A pesar de la omnipresente (aunque ciertamente superada) opinión de Huzinga en *El Otoño de la Edad Media*, de la frivolidad de estas instituciones, queda claro que tenían un objetivo y una misión concreta, y que no eran simplemente un pasatiempo para los monarcas y la alta aristocracia. La fundación de las órdenes sigue una especie de *quid pro quo*, donde las grandes casas monárquicas establecían estas instituciones para garantizarse una red clientelar de nobles y caballeros a su servicio y, al mismo tiempo, los propios caballeros veían su pertenencia a estas órdenes como una oportunidad para ejercer e interpretar las actitudes y gestos que se asociaban con su estatus, así como acercarse al monarca. En palabras de Kaeuper, los reyes no solo lideraron caballeros, sino que se convirtieron en ellos¹⁸⁶. La monarquía se adaptó a la ideología caballeresca para extender su propio poder, ya sea mediante el control de la violencia, canalizándola a su merced, o transformando la idea de servicio de la caballería. El *ethos* caballeresco sería usado, consecuentemente, por las monarquías para generar un grupo del cual extraer el liderazgo político, administrativo y militar de los nacientes estados europeos¹⁸⁷. La caballería presionará para que la monarquía se rodee de miembros de su orden como consejeros, los cuales deben lealtad al monarca para darle consejo y auxilio (*consilium et auxilium*), los tradicionales deberes feudales asociados a la caballería y, por tanto, a la elite nobiliaria¹⁸⁸.

Así pues, se puede definir a las órdenes de caballería como herramientas paralelas, o incluso sustitutorias, de los lazos feudales y vasalláticos para crear un cuadro clientelar

¹⁸⁶ R. KAEUPER, *Chivalry and Violence...*, cit. p. 261.

¹⁸⁷ D'A.J.D. BOULTON, *The Knights...*, cit., p. 466. Véase también R. Barber, *The Knight and chivalry*, cit, pp. 331-339.

¹⁸⁸ R. KAEUPER, *Medieval Chivalry*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016 p. 105.

en torno al monarca, usando la ideología caballeresca como método para el control político y militar voluntario de sus miembros y generar alrededor del rey una elite leal de la cual extraer el liderazgo político y militar del reino. Aunque contaban con elementos en común, cada una de las órdenes trató de responder a los problemas que motivaron su creación de maneras diferentes, con mayor o menor éxito y capacidad de perduración en función de circunstancias a veces ajenas a ellas y supeditadas a la voluntad de los sucesores de los fundadores para preservarlas en su forma original.

Bibliografía

- BARBER, Richard W., *The Knight and chivalry*, Boydell Press, Woodbridge 1995 (ed. or. 1970).
- BARBER, Richard W., y BAKER, Juliet, *Tournaments; Jousts, chivalry and pageants in the Middle Ages*, The Boydell Press, Woodbridge, 1989.
- BESSEN, David, “Wishing Upon a Star: King John, the Order of the Star, and Politics”, *Essays in Medieval Studies*, 3, Illinois Medieval association, 1986, pp.193-206.
- BLOCH, Marc, *Feudal Society, Vol. 1 & 2*, Routledge, Londres y Nueva York, 1962.
- BOULTON, D'Arcy Jonathan Dacre, *the Knights of the Crown*, Boydell Press, Woodbridge, 1987.
- BOULTON, D'Arcy Jonathan Dacre, “The Middle French Statutes of the Monarchical order of the Ship”, *Mediaeval Studies*, 47, 1985, pp. 168-271.
- CONTAMINE, Philippe, *War in the Middle Ages*, Blackwell Publishers Ltd, Malden, 1984.
- CROSS, Peter & KEEN, Maurice (eds.), *Heraldry, pageantry and social display in medieval England*, Boydell Press, Woodbridge, 2003.
- DUBY, Georges, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Taurus, Madrid, 1992 (ed. or. 1978).
- DUBY, Georges, *Hombres y Estructuras de la edad media*, Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1973.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando, LAFUENTE, Carlos Fuente y ORTIZ SOBRINO, Miguel Ángel, “las órdenes de caballería como fuente de inspiración y antecedente de la insigne orden del toisón de oro” *Vivat Academia*, N.º 133, 2015, pp. 26-43.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA Miralles, Álvaro, “El emblema de la banda entre la identidad dinástica y la pugna política en la castilla bajomedieval (c. 1330-1419)”, *Emblemata: Revista aragonesa de emblemática*, N.º 20-21, 2014-2015, pp. 121-170.

- FLECKENSTEIN, Josef, *La caballería y el mundo Caballeresco*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
- FLORI, Jean, *Caballeros y caballería en la Edad Media*. Paidós, Barcelona, 2001.
- FROISSART, Jean, *Crónicas*, Trad. Cirlot, Victoria y Ruiz Doménech, Siruela, 1988.
- GARCÍA DIAZ, Isabel, “La orden de la Banda”, *Archivum Historicum Societatis Iesu*; Roma, Vol. 60, 1991, pp. 29-89.
- HUIZINGA, Johan, *El otoño de la edad media*, Alianza, Madrid 2008 (ed. Or. 1978).
- KAEUPER, Richard, *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, Oxford University Press, Oxford, 1999.
- KAEUPER, Richard, *Holy Warriors, the religious Ideology of Chivalry*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 2009.
- KAEUPER, Richard, *Medieval Chivalry*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016.
- KAEUPER, Richard y KENNEDY, Elspeth (eds.), *A Knight's Own Book: Chivalry of Geoffroi de Charny*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2013.
- KEEN, Maurice, *La Caballería*, Ariel, Barcelona, 2008.
- KOHLER, Edward, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Sirmio, Barcelona, 1991.
- LE BEL, Jean (trad. BRYANT, Nigel), *The True Chronicles*, The Boydell Press, Woodbridge, 2011.
- LE GOFF, Jacques (ed.), *El hombre medieval*, Alianza, Madrid, 1987.
- LE GOFF, Jacques y SCHMITT, Jean-Claude (eds.), *Diccionario razonado del Occidente Medieval*, Akal, Madrid, 2003.
- LEWIS, Peter Shervey, *Later Medieval France: The Polity*, Palgrave Macmillan St Martin's Press, Nueva York, 1968.

- LLULL, Ramon/Anónimo (ed. y trad. Javier Martín Lalanda), *Libro de la orden de caballería/La orden de caballería*, Siruela, Madrid, 2009.
- MARTÍN, José Luis, “Cofradías de Caballeros en la Castilla del quinientos. El caso de Ávila” *Espacio, tiempo y forma*. Serie IV, Historia moderna, N.º 7, 1994, pp. 409-434.
- MURPHY, Neil, *The Captivity of John II, 1356–60 The Royal Image in Later Medieval England and France*, Palgrave Pivot, 2016.
- PALACIOS MARTÍN, Bonifacio, “La recepción de los valores caballerescos por la monarquía castellanoleonesa” en VV. AA. *La Península Ibérica y el Mediterráneo entre los siglos XI y XII*, Fundación Santa María La Real, 1997, pp. 80-100.
- QUINTANILLA RASO, M.^a Concepción, “Élites De Poder, Redes Nobiliarias Y Monarquía En La Castilla De Fines De La Edad Media”, *Anuario de estudios medievales*, N.º 37, 2, 2007, págs. 957-981.
- RIQUER, Martin de, *Caballeros andantes españoles*, Gredos, Madrid, 2008.
- RIQUER, Martin de, *Los trovadores: Historia literaria y textos, vol. I*, Editorial Planeta, Barcelona, 1975.
- ROMERO MARTÍNEZ, Adelina, “El asociacionismo del poder: las cofradías de hidalgos y caballeros” *En la España medieval*, 18, 1995, pp. 135-162.
- RODRÍGUEZ-VELASCO, Jesús, *Ciudadanía, soberanía monárquica y caballería. Poética del orden de caballería*, Akal, Madrid, 2009.
- SERRANO, Armando, “La cofradía de Infanzones de San Jorge de Alcañiz”, *Aragón en la Edad Media*, XX, 2008, p. 760.
- STEVENSON, Katie, “The Unicorn, St Andrew and the Thistle: Was There an Order of Chivalry in Late Medieval Scotland?” *The Scottish Historical Review*, 83, No. 215, Part 1, 2004, pp. 3-22.
- SCAGLIONE, Aldo, *Knights at court : courtliness, chivalry, & courtesy from Ottonian Germany to the Italian Renaissance*, University of California Press Berkeley, Los Angeles y Oxford, 1992.

- STRICKLAND, Matthew, *War and chivalry: the conduct and perception of war in England and Normandy, 1066-1217*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
- TAYLOR, Craig, *Chivalry and the Ideals of Knighthood in France during the Hundred Years War*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013.
- TRIGG, Stephanie, *Shame and Honor, A Vulgar History of the Order of the Garter*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 2012.
- VALE, Juliet, *Aspects of chivalric culture c. 1270 - 1350: The context of the court of Edward III* (Tesis), University of York, York, 1981.
- VALE, Malcolm, *The Princely Court*, Oxford University Press, Oxford, 2001.
- VALE, Malcolm, "A Fourteenth-Century Order of Chivalry: The 'Tiercelet'", *The English Historical Review*, Vol. 82, No. 323, 1967, pp. 332-341.
- VALE, Malcom, *War and Chivalry*, Duckworth, London, 1981.